Facultad de Filosofía y Letras

Máster en Historia Contemporánea

La Comuna de París y el Cantón de Cartagena: el blanquismo contra el republicanismo de Roque Barcia

The Paris Commune and the Canton of Cartagena: blanquism versus Roque Barcia's republicanism

Autor: Jon Sagredo Alonso

Director: Luis Garrido Muro

Curso 2023 / 2024

RESUMEN

El objeto de este TFM es analizar y comparar la Comuna de París y el Cantón de Cartagena, dos hechos ocurridos durante la segunda mitad del siglo XIX en Francia y España. Se confrontan características como su recepción, desde el acontecimiento hasta la actualidad, los antecedentes de ambas insurgencias y sus particularidades. Asimismo, se realiza una comparación entre las ideas de Auguste Blanqui y Roque Barcia, dos estandartes de sus respectivas revoluciones, a la luz de su vida y sus obras más importantes.

ABSTRACT

The aim of this TFM is to analyze and compare the Paris Commune and the Canton of Cartagena, two events of the second half of the 19th century of France and Spain. Characteristics such us their reception, from the event to the present, the backgrounds of both insurgencies and their particularities are confronted. In addition, the ideas of Auguste Blanqui and Roque Barcia, two of the banners of their respective revolutions, are compared in the light of their lives and their most important works.

PALABRAS CLAVE: *Cantón, Comuna, Auguste Blanqui, Roque Barcia, revoluciones*.

PALABRAS CLAVE: *Canton, Commune, Auguste Blanqui, Roque Barcia, revolutions.*

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN 4
2. ESTADO DE LA CUESTIÓN 7
   2.1. APROXIMACIONES A LA COMUNA 7
   2.2. APROXIMACIONES AL CANTÓN 15
3. ANTECEDENTES 23
   3.1. ANTECEDENTES DE LA COMUNA 23
   3.2. ANTECEDENTES DEL CANTÓN DE CARTAGENA 28
4. HECHOS 32
5. BLANQUI Y BARCIA 45
   5.1. VIDAS REVOLUCIONARIAS 47
   5.2. PENSAMIENTO 53
      5.2.1. Religión 55
      5.2.2. Democracia 58
      5.2.3. República 60
      5.2.4. Monarquía 61
      5.2.5. Revolución 62
      5.2.6. Socialismo 64
      5.2.7. Balance 65
   5.3. RECEPCIÓN 66
6. CONCLUSIONES 68
7. BIBLIOGRAFÍA 71

1. INTRODUCCIÓN

A pesar de su compatibilidad, *memoria* e *historia* son dos elementos diferentes y, en ocasiones, contrarios: el primero solo puede brotar desde la actualidad, y en su construcción participan una serie de componentes harto complejos; la escritura del segundo, en cambio, es obra de los historiadores, como bien señala Roberto Ceamanos[1]. Pero la historia también puede ser considerada desde el punto de vista de la lucha política y social, en la que aparecería la promoción de intereses diversos, sirviendo, a su vez, como constructor de identidades[2]. Asimismo, se podría sostener, con David Rieff, que "la importancia histórica de un acontecimiento en su época y en las décadas que siguen no da garantía alguna de que será recordado un siglo después"[3]. Sin embargo, ¿son el recuerdo y la memoria lo mismo? Según Walter Benjamin, la memoria es conservadora, y el recuerdo, en cambio, destructivo[4].

Sin entrar en disquisiciones sobre qué influye más decisivamente en la formación de la memoria, queda claro que hay acontecimientos que tienen más recepción que otros, y su resonancia se puede detectar en muchos campos. ¿Por qué, si uno piensa en la Comuna de París, se le vienen a la mente imágenes como la columna Vendôme, caída, o los *communards* luchando tras las barricadas, pero si hace lo propio con el Cantón de Cartagena piensa, simplemente, en *un episodio* de la Primera República? Por supuesto, la movilización francesa estuvo cargada de mucha más simbología que la española, pero, aun así, el hecho de que esa simbología y los debates suscitados por el levantamiento hayan llegado hasta nuestros días muestra que ha sido estudiado y discutido, a lo largo de la historia hasta el presente, como un hecho en sí mismo.

En 2021, con el 150 aniversario de la proclamación de la Comuna, se llevaron a cabo numerosas actividades y coloquios sobre el asunto, desde el punto de vista historiográfico y desde el punto de vista social. Al ser un hecho tan comentado, no es de extrañar que haya

[1] Roberto CEAMANOS: *La Comuna de París (1871)*, Madrid, Catarata, 2021.
[2] Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Alianza Editorial, 2008.
[3] David RIEF: *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*, Barcelona, Debate, 2017.
[4] Walter BENJAMIN: *Libro de los Pasajes*, Madrid, Akal, 2005.

sido comparado con otros, aunque apenas existan similitudes entre aquellos. Se comparó, por ejemplo, con mayo del 68 francés, a pesar del siglo entre uno y otro, y se llegó a organizar, con el fin del aniversario mencionado, un coloquio programado por el Círculo de Bellas Artes con el título "Sublevación: el 15M y la Comuna de París", en el que los ponentes —Ernesto Castro, Nere Basabe y César Rendueles— hicieron todo lo posible para encontrar semejanzas. Aunque no eran debates historiográficos, son una muestra de que pocas veces se aprecia la búsqueda de analogías con el cantón, a pesar de que existen más paralelismos que con las otras efemérides mencionadas.

En 2019, el expresidente José María Aznar hablaba, con preocupación, de la fragmentación del sistema de partidos, que situaría a España "al borde del cantonalismo", y en 2023, aniversario del cantón, el mismo Aznar señaló, en referencia al uso de las lenguas cooficiales, que era algo "propio de los peores momentos de la Primera República", haciendo alusión al Cantón; pero incluso desde la izquierda aparece la herencia pesimista del término: en 2015, Iñigo Errejón, portavoz en aquel momento de Podemos, mencionaba que había que "romper con la dinámica casi cantonalista", porque en el fondo "ha sido visto como un acontecimiento anacrónico, promovido por unos revolucionarios románticos y trasnochados, burgueses deseosos de aventura y militares en busca de gloria personal"[5].

Al contrario que la Comuna, el Cantón de Cartagena contiene, en su interior, dos problemas: por un lado, sufre —o ha sufrido hasta estos últimos años— de mala fama; por otro, y esto es más trascendental, ha sido relegado o reducido a un apéndice de la Primera República, quedando, así, en el olvido.

Prácticamente nadie, a lo largo del siglo XX, estudió el cantón de forma unitaria, como fenómeno de movilización y alzamiento, y no como una consecuencia de los problemas de la Primera República. Quedaba encadenado, sin escapatoria, al Sexenio Democrático o a la experiencia republicana. Solo recientemente, con el 150 aniversario de la Primera República, dichos problemas han ido deshaciéndose gracias a la bibliografía que ha ido produciéndose, prueba de que se trata de un acontecimiento rico en posibilidades historiográficas. Así, obras como las de Julián Vadillo o Jeanne Moisand han mostrado el potencial del levantamiento.

[5] Jeanne MOISAND: *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, Madrid, Catarata, 2023, p. 8.

Debido a la extensión del trabajo aquí presente, varias características o posibles puntos se han dejado fuera. Y no porque no fueran interesantes. La labor de las mujeres, aunque ligeramente mostrada, era un aspecto importante que podría tratarse en otros trabajos, al igual que el papel de las barricadas o el del espacio. Tanto la ciudad de París como la de Cartagena eran diferentes, y sus posibilidades estratégicas, también.

La ciudad es material, y la característica fundamental de la materia es el movimiento, la historia; todos aceptan que las ciudades, con el paso del tiempo, crecen, se amplían o cambian de estructuración, pero la mayoría de ellos consideran este cambio como natural, dotando a la ciudad y, en fin, al espacio, de una esencia exterior al ser humano, siendo incapaces de comprender la inmanencia entre el espacio habitado y los habitantes. La comparación entre la problemática de la producción del espacio y la apropiación de ese espacio (hábitat) de las dos ciudades es otra labor importante que podría llevarse a cabo en el futuro. Al fin y al cabo, la Comuna y el Cantón fueron dos acontecimientos temporales de pocos meses de duración, pero su característica espacial resulta trascendental.

Este trabajo se sitúa en el mismo espectro que aquellos que, en los últimos años, han tratado de dotar al Cantón de la importancia que merece. Su renacimiento, historiográficamente hablando, ha supuesto —y supondrá en el futuro— una gran diversidad de trabajos desde diferentes puntos de vista. Es solo cuando un tema es tratado a través de muchos enfoques cuando alcanza el esplendor, pues, aunque un trabajo responda a otro, la complementación final supone un aporte muy rico a la bibliografía del suceso.

En *La Guerra Civil en Francia*, Marx señaló, célebremente, que "La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia"[6]. En este trabajo se intentará estudiar el Cantón de Cartagena como un episodio de naturaleza semejante, cuyo potencial historiográfico no brota solo de su ligación hacia la República sino de su propio ser. Además, se tratará de parangonar ambos sucesos, partiendo, no de conceptos previos, sino de un análisis claro y conciso basado en la comparación de las características y, sobre todo, de las ideas de Roque Barcia y de Louis-Auguste Blanqui. Es a partir de esta labor comparativa como se lograrán una serie de objetivos: analizar ambos hechos por sí mismos, sin necesidad de abstraerlos; ver la influencia de la Comuna en el Cantón, directa e indirectamente; y comparar las ideas

[6] Karl MARX y Friedrich ENGELS: *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975, I.

y los perfiles de los agitadores Roque Barcia y Blanqui, personificaciones de sus propios contextos, pero con cualidades comunes.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Más allá de los artículos de Carlos Seco Serrano[7] y Jeanne Moisand[8], las equiparaciones entre los dos acontecimientos han sido muy superficiales, siendo simples menciones para atraer al público[9] impulsadas por el aniversario del Cantón.

Sin embargo, la producción de ambos por separado ha sido, evidentemente, muy amplia, en especial la de la insurgencia francesa.

Siendo dos sucesos ricos en interpretaciones y testimonios, no podemos dejar de lado las obras clásicas, tan irregulares como potencialmente utilizables.

2.1. APROXIMACIONES A LA COMUNA

Los primeros en analizar la Comuna de París fueron sus protagonistas, estuvieran a favor o en contra. Eran textos horadados por la subjetividad del momento, revestidos de una naturaleza maniquea. Sin embargo, se trata de una fuente de gran valor para todos los críticos y estudiosos del asunto. Es una historiografía cargada de propaganda y justificación, alejada, pues, de los historiadores profesionales. Más allá de textos en contra de la Comuna, como *Campagne de 1870-1871* (1872), del general Vinoy o *Notes et souvenirs (1870-1873)* (1901) de Adolphe Thiers, existió toda una producción *anticomunnard* proveniente de la burguesía y la aristocracia[10]. Entre ellos también encontramos, aparte de literatos y artistas, historiadores, como es el caso de *La réforme intellectuelle et morale de la France* (1871) de

[7] Carlos SECO SERRANO: "L'Espagne, la Commune et l'Internationale", *International Review of Social History*, 17, 1 (1972), pp. 222-239.
[8] Jeanne MOISAND: ""Cantonards" and "Communeux". The Spanish cantonal revolution in the shadow of the Commune (1873)", *Revue d'Histoire du XIXe Siecle*, 63, 2 (2022), pp. 57-74.
[9] Virginia VADILLO: "El Cantón de Cartagena, la "comuna de París" española que busca su lugar en la historia", *El País*, 21 julio 2023.
[10] Entre las obras condenatorias y justificadoras encontramos diversos ejemplos: Laurent Martin: *Histoire complète de la révolution de Paris en 1871*, 1871; Victor de Compiègne: *Souvenirs d'un Versaillais pendant le second siège de Paris*, 1976; Alfred de La Guéronnière: *La Commune sanglante ou Le legs incendiaire*, 1871, en la que muestra a Thiers como un salvador de la nación. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

Ernest Renan, en el que se defiende la sociedad jerarquizada. Para el autor, la Comuna habría sido "un terrible acontecimiento que hizo retroceder mil años a la conciencia francesa"[11]. Asimismo, Hippolyte Taine señala, en *Les origines de la France contemporaine* (1876-1893), que la derrota frente a los prusianos se produjo por la acumulación de los males de la Revolución Francesa, y que en gran parte el culpable habría sido el extendido jacobinismo.

Uno de los tropos o características principales de esta etapa sería la marcada dualidad entre Versalles —el bien, el orden, la fe católica— y la Comuna —el caos, la barbarie, la destrucción de la fe—, sin buscar comprender la naturaleza de lo ocurrido y reduciendo a los sublevados a meros criminales, como se aprecia en *Les convulsions de Paris* (1878-1879), de Maxime du Camp, en la que se cimenta la interpretación más extendida entre estos autores, a saber, los *communards* no habrían sido más que delincuentes, y la represión un "mal menor"[12].

Frente a la postura *anticommunard* apareció, por supuesto, una defensora. Es el caso de *Histoire de la révolution du 18 mars*, escrita por Paul Lanjalley y Paul Corriez, quienes no solo se mostraron en contra de la represión, sino también de la forma en la que actuaron los alzados. En este mismo grupo entrarían, también, las posturas republicanas, simpatizantes de la existencia de la Comuna, pero no de su manera de actuar[13].

En cuanto a la recepción del suceso en España, son dos obras las que aparecieron por aquel entonces: *París a sangre y fuego*, de Luis Carreras (1871), y *Los comuneros de París. Historia de la revolución federal de Francia en 1871*, de Ramón de Cala y Barea (1871-1872), cuyo prólogo, elaborado por Pi y Margall, interpretaba el levantamiento como una revolución social que buscaba la república federal.

Como la mayoría de los protagonistas debieron salir al exilio, muchas obras no fueron publicadas hasta pasados unos años. Es el caso del gran clásico de la Comuna: *Histoire de la Commune* de 1871, de Prosper Olivier Lissagaray (1876). A pesar de su cercanía para con

[11] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, p. 136.
[12] Aquí se podría mencionar a Alphonse Daudet: *Les contes du lundi*, 1873, en el que el autor niega la posibilidad de la existencia de un legítimo combate, siguiendo la estela de tomar a los *communards* por delincuentes; Théophile Gautier: *Tableaux du siège. Paris, 1870-1871*, 1871. En esta obra se compara lo sucedido con animales huidos de un zoológico; Paul de Saint-Victor: *Barbares et Bandits. La Prusse et la Commune*, 1871, muestra una interpretación xenófoba que bebe, como otros escritos de la época, de *Inégalité des races humaines* de Gobineau. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[13] Son el caso de Louis Fiaux: *Histoire de la guerre civile de 1871*, 1879; Camille Pelletan: *Questions d'histoire. Le Comité Central et la Commune*, 1879; Catulle Mendès: *Les Journées de la Commune*, 1871. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

los hechos, es un texto bien documentado que ofrece el testimonio de los exiliados[14], y circuló clandestinamente hasta su publicación.

Este tipo de documentos, más allá de las interpretaciones —en muchos casos superficiales—, ofrecen una riqueza testimonial imprescindible para cualquier historiador que pretenda acercarse al acontecimiento. Uno de los trabajos más célebres en este sentido es el *Diario* de los hermanos escritores Jules y Edmond de Goncourt, quienes desplegaron allí una radiografía del París del siglo XIX en la que se incluyen muchos detalles de la vida en la Comuna[15]. Por otro lado, no hemos de olvidar que los deportados también escribieron sobre su experiencia comunal, y algunos de ellos alcanzaron gran fama. La escritora y anarquista Louise Michel llevó a cabo una considerable labor en mantener vivo el recuerdo del "terror rojo"; prueba de ellos son sus *Mémoires* (1886) y *La Comune. Histoire et souvenirs* (1898); allí, aparte de reivindicar la libertad y criticar las injusticias, dio voz a las mujeres que lucharon en Paris.

Al margen de toda la producción testimonial[16], conforme la postura *anticommunard* —encubridora de la semana sangrienta— se diluía con aquellos vestigios y con el paso del tiempo, la insurgencia parisina provocó múltiples interpretaciones desde diferentes ideologías. El *mito* de la Comuna no existiría sin ellas, máxime si nos atenemos al hecho de que se reprodujeron a lo largo del siglo XX. Desde el movimiento obrero —en especial desde el PCF— se trató de hilar el episodio comunal con la experiencia revolucionaria anterior y posterior, como una suerte de elemento de ligazón entre la Revolución Francesa y la Revolución de Octubre de 1917, e incluso algunos fueron más allá, relacionándolo con la resistencia del movimiento obrero en Viena de 1934 o la revolución asturiana del mismo año[17]. Esto no es para nada extraño, pues cada ideología tiende a tomar, de la historia, elementos con los que crear un relato o justificar diversas acciones.

Desde el comunismo, pronto se mostró el levantamiento como un suceso del que la clase obrera podría aprender. Karl Marx había estudiado con profundidad la lucha de clases

[14] Prosper Olivier LISSAGARAY: *Huit journées de mai derriére les barricades*, 1871; Prosper Olivier LISSAGARAY: *La Vision de Versailles*, 1873.
[15] Una comuna en la que no participaron: Edmond de Goncourt: *La Comuna de París*, Pepitas de Calabaza, 2020.
[16] El compositor de la canción *La semaine sanglante* (1871) escribió: Jean-Baptiste Clément: *La Revanche des Communeux*, Paris, 1884; por lo demás, a comienzos del siglo XX aparecieron otros testimonios: Gustave Lefrançais: *Souvenirs d'un révolutionnaire. De juin 1848 à la Commune*, 1902; Gaston da Costa: *Mémoires d'un communard, 18 mars-28 mai 1871*, 1903; Edmond Lepelletier: *Histoire de la Commune de 1871*, 1911. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[17] Roberto Ceamanos, *La comuna de París (1871)*, p. 148.

en Francia[18] y las revoluciones burguesas, y todos aquellos análisis culminaron en *La guerra civil en Francia*, un panfleto escrito para la Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada en 1864. En el último de los tres escritos que lo conforman, Marx hacía un balance del episodio de la Comuna y lo consideraba de gran trascendencia histórica, aunque, para él, el capital no se había desarrollado lo suficiente como para engendrar su colapso por parte de la clase obrera. Esta interpretación atravesó el mundo marxista hasta nuestros días, y sirvió de punto de debate para los revolucionarios del siglo XX[19], así como base de gran parte de la historiografía marxista[20].

La óptica anarquista se mostró diferente. Al mismo tiempo que alabó el mutualismo y la cooperación entre los *communards*, enarboló críticas contra el autoritario Comité de Salud Pública de 1871. La idea basal era la gestión de la Comuna y el despliegue de una especie de federación comunal con las otras que habían surgido en Francia. Ya en su *Plan de Fédération internationale* (1864), Bakunin había descrito la Comuna como célula básica de la organización social. Por lo demás, se ensalzó el mismo espontaneísmo que los marxistas criticaban, y vieron en el hecho la potencialidad de la federación de comunas. No obstante, también criticaron los errores. La gestión popular no podía llevarse a cabo si el mando político había caído en delegados elegidos por el mismo sistema representativo de siempre. En *La Commune de Paris* (1880), Kropotkin vio en el levantamiento francés la chispa que avivaría la creación de muchas más comunas futuras; comunas que terminarían aboliendo, sin necesidad de gobiernos, la propiedad y el Estado[21].

En definitiva, los conservadores la despreciaron, los republicanos se mostraron a favor de su existencia, pero no de sus formas violentas; y los marxistas y anarquistas la vieron, desde enfoques diferentes, como precedente importante de lo que habría de llegar.

Avanzado ya el siglo XX, la historiografía militante alcanzó una importancia destacable, coincidente, en buena parte, con las asociaciones surgidas para la conservación

---

[18] Karl MARX: *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Fundación Federico Engels, 2015; Karl MARX: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Akal, 2023.

[19] Lenin valoró mucho la existencia de la Comuna, pero generalmente la utilizó como crítica del espontaneísmo. Para él, la Comuna —así como las huelgas y motines rusos de la década de 1870— eran el embrión de la lucha consciente del proletariado. Trotsky, por su parte, en *Su moral y la nuestra* (1939), utilizó la Comuna para criticar el reformismo de Kautsky y hacer una defensa de la dictadura del proletariado. Y Stalin, en *¿Anarquismo o Socialismo?* (1906), hizo uso del levantamiento parisino para oponerse al anarquismo.

[20] Roberto Ceamanos, *La Comuna de París (1871)*. Jacques Duclot, Jean Bruhat, Jacques Girault o Claude Willard escribieron sobre la resistencia comunal.

[21] Ibid.

de la memoria de la Comuna. Así, dentro de *Histoire socialiste de la France contemporaine*, dirigida por Jean Jaurès, apareció *La Commune* de Louis Dubreuilh (1908), un trabajo que pretendía incorporar el levantamiento al enfoque socialista de la historia francesa. Este tipo de obras resultaron harto influyentes para las nuevas generaciones que no habían vivido la insurgencia, y muestra un tipo de historia diferente a la etapa anterior, sustentada más en materia social y en los protagonistas[22], y no tanto en los hechos y, sobre todo, caracterizada por el uso de fuentes primarias como archivos. Y esto se ve no solo en los historiadores socialistas, pues, por ejemplo, la obra del jurista Gustave Laronze, *Histoire de la Commune de 1871 d'après des documents et des souvenirs inédits* (1928), partidaria de Versalles, hizo uso de la documentación jurídica[23].

En general, desde los años 30 a los años 60 la producción acerca de la Comuna se mantuvo parecida: uso de la documentación, diferentes interpretaciones y la búsqueda de la conexión con otras insurrecciones[24]. Aparecieron, eso sí, síntesis de las variopintas doctrinas, como es el caso de la obra de Charles Rihs[25].

Fue en los años 60 cuando la historiografía de la Comuna obtuvo un fuerte apoyo desde la universidad francesa, lo que propugnó una serie de investigaciones metodológicas y científicas que enriquecieron el suceso[26]. Coincidió, además, con el mejor momento de la historia social. En este contexto, revistas tan importantes como *Le Mouvement Social* dedicaron varios números al episodio comunal, contando con la ayuda de diversos especialistas, y Jean Maitron, creador en 1949 del Centro histórico del sindicalismo, llevó a cabo una labor a considerar al dirigir el inmenso proyecto del diccionario biográfico de las

[22] Maurice DOMMANGET: *Blanqui, la guerre de 1870-71 et la Commune*, Paris, 1947; Maurice DOMMANGET: *Éduard Vaillant, un grand socialiste, 1840-1915*, Paris, Éditions de la Table ronde, 1956; Maurice DOMMANGET: *L'enseignement, l'enfance et la culture sous la Commune*, 1964; Maurice DOMMANGET: *L'enfance sous la commune*, *L'enfance sous la commune*, 2006. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

[23] Georges BOURGIN: *Histoire de la Commune*, 1907. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

[24] Obras destacadas de este periodo: Edward S. Mason: *An Episode in the History of the Socialist Movement*, 1930; Albert Ollivier: *La Commune*, 1939; Heinrich Koechlin: *Die Pariser Commune im Bewusstsein ihrer Anhänger*, 1950. En esta última, Koechlin interpreta la Comuna desde el socialismo libertario y criticó su jacobinismo. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

[25] Charles RIHS: *La commune de Paris, 1871. Sa structure et ses doctrines*, 1955. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

[26] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, p. 155.

figuras más destacadas del movimiento obrero[27]. Además, se trata de un periodo en el que abundaron la biografías.

Y llegó mayo del 68, y con él las comparaciones y las reediciones de los clásicos. De pronto, el recuerdo de la Comuna de París estaba más presente que nunca, siendo parte de las manifestaciones, canciones e iconografía; "Vive la commune du 10 mai", se leían en las paredes. Algunos llegaron a la conclusión de que el París de 1871 y el de 1968 no era tan diferente[28]. Es un momento en que afloran, además, trabajos cargados de interdisciplinariedad, como es el caso de *La proclamación de la Comuna*, de Henri Lefebvre. El sociólogo y filósofo francés la analizó desde su teoría del espacio social, horadada por su tesis de que la Comuna habría sido una fiesta y una respuesta a la reforma urbana de Haussmann[29]. Otros especialistas analizaron sociológicamente la cuestión del poder[30].

Con el centenario, en 1971, y en contra de la afirmación de Max Gallo de que se trataba de una cuestión cerrada, se llevaron a cabo encuentros científicos y reflexiones que añadieron interrogantes al polémico suceso. Una de las interpretaciones más destacadas de aquellos debates[31] era la que sugería una continuidad entre las revoluciones de 1789-94 y 1871, defendida, entre otros, por Jacques Rougerie[32]. La conclusión principal, tras analizar al trabajador medio de la Comuna, era que este estaba más cerca de 1848 que del siglo XX; ideológicamente, el obrero de 1871 bebía mucho más de la tradición jacobina que de un socialismo todavía incipiente. Aparte de en los archivos, esta visión se apoyaba en un análisis del pasado revolucionario francés, desde la *Conspiración de los iguales de Babeuf*, de Buonarroti, hasta la figura de Blanqui o Delescluze, cuya tradición insurgente remontaba a

[27] Compuesto de 44 volúmenes, dedicó uno (1967-71) al periodo entre la fundación de la Primera Internacional y la Comuna (1864-71): Jean Maitron: *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, 1971. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

[28] Así lo hizo Paul Lidsky en *Les Écrivains contra la Commune*. Roberto Ceamanos, *La Comuna de París (1871)*.

[29] Henri Lefebvre: *La proclamación de la comuna*, Pamplona, Katakrak, 2021. La sociología urbana ofreció otros muchos trabajos: Roger Gould: *Insurgent identities: Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, 1995; David Harvey: *Paris, Capital of Modernity*, 2003. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

[30] André DECOUFLÉ: *La Commune de Paris (1871), révolution populaire et pouvoir révolutionnaire*, 1969. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

[31] Podemos señalar dos vertientes principales: los republicanos radicales consideraban la Comuna como el último movimiento popular que cerraría ese gran periodo iniciado en 1789, mientras que la historiografía marxista la tomaba como el primer gobierno proletario de la historia.

[32] Jacques Rougerie: *Procès des Communards*, 1964. Rougerie no se centró en los dirigentes, sino que vino a desarrollar una "historia desde abajo" apoyada en los archivos históricos. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*

muchos años atrás[33]. El propio Rigault era un acérrimo fanático de Hébert[34]. Esta interpretación iba de la mano de considerar ambos hechos como episodios creadores de la Francia republicana, pero corría el riesgo de silenciar al asociacionismo obrero que venía dándose en Francia desde 1848.

Con la proliferación del posmodernismo académico, caracterizado por la fragmentación y el abandono de los grandes relatos, se abandona el interés por el movimiento obrero, dando paso una pluralidad de debates sobre el concepto de "pueblo"[35], el imaginario literario[36], la forma en que los manuales escolares abordaron el tema[37], la simbología, las imágenes, la participación de las mujeres[38], la situación de colectivos concretos, la Guardia Nacional[39], la barricada como tradición[40], o la memoria[41].

Aparte de las obras de Robert Tombs —quien, junto con Patrick Tuer Bury, escribió una importante biografía de Thiers[42]— sobre la Comuna y la violencia en su represión[43], en los últimos años, a raíz de las conmemoraciones de sus aniversarios (2001, 2011, 2021), aumentó considerablemente la aportación de coloquios y exposiciones divulgativas, como es el caso del organizado por la Universidad de Saint-Éttienne y por la Association des Amis de Benoît Malon en marzo de 2003, titulado "La Commune de 1871"; en él colaboró, a su vez, la Association des Amis de la Commune, creada en 1882 por *communards* exiliados. Se puso especial énfasis en la cuestión de la memoria y su transmisión. Con los 140 y 150 aniversarios (2011 y 2021) abundaron monográficos, artículos, congresos, coloquios, e incluso visitas guiadas por las calles de París. Hemos de señalar "La commune, 1871. Paris capitale insurgée", una exposición organizada por el Ayuntamiento de París y centrada en las imágenes de los hechos; el Coloquio "Regards sur la Commune de 1871 en France.

---

[33] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, pp. 159-63.
[34] John MERRIMAN: *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, Madrid, Siglo XXI, 2014.
[35] Sidney TARROW: *El poder en movimiento*, Alianza, 1998.
[36] Kristin ROSS: *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2018.
[37] Didier NOURRISON: "Figures de manuels, figures de mode. L'exemple de la Commune de Paris", *La Commune de Paris, révolution sans images? Politique et représentations dans la France républicaine (1871-1914)*, 2004, pp. 197-216. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[38] Carolyn J. EICHNER: *Surmounting the Barricades. Women in the Paris Commune*, Indiana University Press, 2004.
[39] Georges CARROT: *La Garde Nationale: 1789-1871. Une force publique ambiguë*, Paris, 2001. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[40] Eric HAZAN: *La Barricade: histoire d'un objet révolutionnaire*, Paris, éditions Autrement, 2013.
[41] Danielle TATAKOWSKY: *Nous irons chanter sur vos tombres. Le Père-Lachaise, XIX-XX siècles*, Paris, 1999. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[42] Robert TOMBS y Patrick TUER BURY: *Thiers 1797-1877: A Political Life*, 1986. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[43] Robert TOMBS: *The Paris Commune, 1871*, Turning Points, 1999; Robert TOMBS: *The War Against Paris, 1871*, Cambridge University Press, 1981.

Nouvelles aproches et perspectives" (marzo de 2011), organizado por Laure Godineau y en el que se profundizó en la importancia del Segundo Imperio para el surgimiento de la Comuna y, por otro lado, en el que se le dio importancia a las demás comunas y a la relación entre la capital y las provincias; o el ciclo de conferencias "1871, la Commune de Paris, une histoire moderne" (abril-junio, 2011), en el que participaron autores como Jacques Rougerie, Laure Godineau o Claudine Rey. Uno de los asuntos más comentados fue el de la democracia directa, así como la visión que se ha tenido de la Comuna desde las producciones artísticas[44].

Más allá del trabajo de Carolyn Eichner sobre el papel de las mujeres en la Comuna, un aporte importante desde el punto de vista del feminismo lo llevaron a cabo, en 2020, las autoras Bibia Pavard, Michelle Zancarini-Fournel y Florence Rochefort[45]. En 2021, coincidiendo con el 150 aniversario, entre toda la producción que se llevó a cabo, sería interesante mencionar dos obras: *La Commune de 1871 expliquée en images*, de Laure Godineau[46], en la que se muestra una extensa labor en acercar la riqueza fotográfica y visual del acontecimiento, y la titánica obra coordinada por Michel Cordillot y en la que participan numerosos especialistas[47]. Además, a partir tanto de esta última obra como del diccionario Maitrôn, la página web Le Maitrôn, con la labor de Louis Bretonnière, el Ayuntamiento de París y las biografías llevadas a cabo por Julien Chuzeville, expone una serie de contenidos interactivos didácticos: 17.500 biografías disponibles en la web, mapas narrativos e interactivos de la ciudad de París —de las barricadas, la localización de los *communards* más importantes, edificios destruidos o dañados, cervecerías y clubes, etc.—, cronología e infografías.

Toda esta producción bibliográfica muestra la atención que se ha dado a la insurrección parisina. Y ni siquiera era necesario acudir a los textos de especialistas para darse cuenta de su popularidad, pues las producciones artísticas también han sido amplias, desde *La Debacle* de Zolà, los dibujos de Manet o algunos de los versos más célebres de Rimbaud[48] hasta un grupo de música de los 80[49] o la monumental *La Commune (Paris,*

[44] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, pp. 167-9.
[45] Bibia PAVARD, Florence ROCHEFORT y Michelle ZANCARINI-FOURNEL: *Ne nous libérez pas, on s'en charge. Une histoire des féminismes de 1789 à nos jours.*, Paris, La Découverte, 2020. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[46] Laure GODINEAU: *La Commune de 1871 expliquée en images*, Seuil, 2021.
[47] Michel CORDILLOT: *La Commune de Paris 1871. Les acteurs, l'événement, les lieux*, Paris, Éditions de l'Atelier, 2021.
[48] Kristin ROSS, *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*.
[49] The Communards, una banda de dance pop de los años 80.

1871)[50] (2000) de Peter Watkins, una película de casi seis horas de duración en la que el director recrea la historia desde un punto de vista entre la ficción y el documental, con entrevistas de la televisión a los *communards*; sin olvidarnos de la novela *Le Cri du peuple*[51] de Jean Vautrin, adaptada posteriormente al cómic por Jacques Tardi[52]; o *Los días de la Comuna*[53], una pieza teatral creada por el dramaturgo Bertolt Brecht, que adapta *La Derrota* de Nordal Grieg y que puso en el centro a la Comuna misma y no a la figura del héroe.

2.2. APROXIMACIONES AL CANTÓN

En lo que se refiere al Cantón de Cartagena, a pesar de su mala fama y del "silencio" historiográfico aludido anteriormente, lo cierto es que existieron numerosos pero concisos escritos sobre el mismo. Sobre las publicaciones cercanas al suceso, han sobrevivido una serie de relatos anónimos —muchos de los cuales fueron publicados en *El Eco de Cartagena*—, la *Declaración de piratas de los buques insurrectos*[54], memorias de artillería o una *Historia del sitio de Cartagena* que algunos atribuyen a Roque Barcia. Podría defenderse que la primera obra consistente sea las *memorias*[55] de García Alcántara. Al igual que con el episodio francés, la historiografía decimonónica española estuvo marcada por la subjetividad de los escritores, motivados por su ideología. En este marco se sitúan tanto la obra de Antonio Pirala[56]—una historia contemporánea que aborda el episodio cantonal casi telegráficamente— como la de Ildefondo Antonio Bermejo, quien muestra una clara posición antirrepublicana y un especial desprecio contra Pi y Margall[57].

Por otro lado, así como anarquistas y comunistas pelearon por reivindicar su responsabilidad en la Comuna de París, respecto al Cantón pugnaron por ver *quién no era el responsable*. La escisión en la Internacional Obrera de 1872 de marxistas y bakuninistas

[50] PETER WATKINS: *La Commune (Paris, 1871)*, 2000.
[51] Jean VAUTRIN: *Le Cri du peuple*, 1998. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[52] Jacques TARDI: *Le Cri du peuple*, 2004. Visto en: Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871).*
[53] Bertolt BRECHT: *Los días de la Comuna: Turandot o el congreso de los blanqueadores*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.
[54] *La declaración de piratas de los buques insurrectos*: Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1873. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.
[55] Eduardo GARCÍA ALCÁNTARA: *Memorias de la revolución cantonal en Cartagena*, Buenos Aires, 1875. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.
[56] Antonio PIRALA: *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil*, Madrid, 1878. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.
[57] Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990, p. 25.

llevó a cada una de las dos ideologías a negar su implicación en lo que desde su represión quedó como un hecho. Es célebre el texto de Engels *Los bakuninistas en acción*, publicado poco después de los hechos, en el que acusaba a los anarquistas de ser los culpables del desastre político, criticando, desde el centralismo, el federalismo republicano. Aunque posteriormente anarquistas como Tomás Cano Ruiz —uno de los fundadores de la Federación Anarquista Ibérica— lo reivindicaran[58], lo cierto es que tanto la Federación Regional Española (FRE), adherida a la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), como la prensa internacionalista mostraron reprobación para con el movimiento cantonal. Rafael Farga Pellicer, internacionalista bakuninista, defendió la idea de que la insurgencia había fallado por ser intrínsecamente reformista: "Según sus propias palabras, publicadas en *La Federación*: "No basta en revolución decir ¡Viva la Federal!, sino practicar la federación revolucionaria, destruir todo gobierno; organizar el trabajo y destruir de hecho los privilegios y monopolios del capital""[59].

Años después, en 1892, Vicente Blasco Ibáñez publicó una obra en la que trató la rebelión desde su posicionamiento republicano, al contrario de lo que había hecho Bermejo. Al mismo tiempo que loaba la labor de los insurgentes cartageneros, criticó duramente el gobierno centralista y a las autoridades militares. Además, consideraba que no había habido interferencia internacionalista en la sublevación. Sin embargo, cabe señalar que se trata del primer historiador cuyo análisis del comienzo del suceso sigue teniendo, más allá de pequeños detalles, validez en la actualidad. Como sus dos predecesores, y a pesar de alguna que otra cita a fuentes como el *Diario oficial de la Federación* o el libro de Vera y González, no hace apenas uso de fuentes. Ibáñez consideró al cantón "hija más del sentimiento que de la reflexión (…) no hubo verdadera unidad de miras"[60].

Después de la *Historia* de Miguel Morayta[61], un paso atrás historiográfico respecto de la de Blasco Ibáñez y con un estilo lacónico y fraccionado, en 1902 aparece el volumen V de la *Historia de España en el siglo XIX* de Pi y Margall y Pi y Arsoaga. Si bien acude a más fuentes documentales que sus predecesores, su estructura marcadamente dicotómica —

[58] Tomás CANO RUIZ: *El Cantón de Cartagena*, Caracas, 1973. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.
[59] Julián VADILLO et al.: *La rebelión cantonal en la I República. Los intentos de instaurar en España un estado federal*, Madrid, Pinolia, 2023.
[60] Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[61] Miguel MORAYTA: *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, Madrid, 1898. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.

una etapa inicial correspondiente a la presidencia de Pi y Margall y otra a la de Salmerón y Castelar— sirve en buena parte para la defensa de su actuación.

No debemos olvidar, a pesar de no ser un trabajo historiográfico, la obra, en clave periodística, de Ortega y Frías y Llofriu y Sagrera[62], máxime teniendo en cuenta su uso de la prensa diaria madrileña y su importancia en los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. Proclamas y panfletos fueron transcritos por ambos periodistas. Pero no se trata de un caso aislado: de 1873 a 1876 hubo crónicas, memorias, informes, relatos, etc. escritos por los protagonistas. Tanto la Comuna como el Cantón ofrecieron un aporte testimonial de gran envergadura.

Galdós escribió *La Primera República* y *De Cartago a Sagunto*, dos novelas enmarcadas dentro de los Episodios Nacionales. El mismo año de su publicación, el que es considerado como el primer historiador del Cantón murciano, Puig Campillo, publicó *La Revolución cantonal en Cartagena*[63], con el subtítulo "Servicios que prestó en ella la Comisión cartagenera de la Cruz Roja"[64]. Con esta obra, el historiador emprendió una serie sobre el cantón que incluiría otros títulos[65].

Durante las siguientes décadas, la historiografía del Cantón de Cartagena se mantuvo muy parecida: la mezcla del silencio de muchos protagonistas, la falta de fuentes rigurosas y el excesivo apoyo en las crónicas periodísticas bañaron una época, por lo demás, silente. Ramón J. Sender publicaba, en 1936, su novela *Míster Witt en el Cantón*[66], escrita en el exilio, por lo que no es de extrañar que el autor buscara reinventar el pasado que había dejado atrás. Habría que esperar, por lo demás, a una época que se caracterizara por una especial atención hacia los movimientos sociales de la España del siglo XIX. Sin embargo, en la década de los cincuenta nos encontramos con trabajos importantes, tanto *Historia de la*

---

[62] Ramón ORTEGA Y FRÍAS y Eleuterio LLOFRIU Y SAGRERA: *Insurrección federal en 1873. Sus causas y sus consecuencias. Sus misterios políticos y sociales. Sus hombres. Sus dramas y sus horrores, con todos los detalles*, Madrid, Murcia y Martí editores, 1873. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.

[63] Antonio PUIG CAMPILLO: *La Revolución cantonal en Cartagena*, Cartagena, 1911. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.

[64] Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.

[65] Antonio PUIG CAMPILLO: *La revolución cantonal del 73*, 1913; Antonio PUIG CAMPILLO: *Prefumo*, 1914; Antonio PUIG CAMPILLO: *Recuerdos del 73: Excursiones marítimas de los cantonales*, 1914; Antonio PUIG CAMPILLO: *La intervención alemana en el Cantón murciano*, 1918; Antonio PUIG CAMPILLO: *Elogio de Antonete Gálvez en el XXXII aniversario de su fallecimiento*, 1929. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.

[66] Ramón J. Sender: *Mister Witt en el Cantón*, Alianza, 1986.

Primera República[67] de Comin Colomer como *El laberinto español*[68] de Gerald Brenan, una profundización en los antecedentes de la Guerra Civil.

En los sesenta nos encontramos con un interés por la figura de Pi y Margall y su contribución política, así como con análisis sobre las ideologías que se desarrollaron en la época. De mención obligatoria es el clásico de Hennessy *La república federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-74*[69], así como las obras de Antoni Jutglar[70] o las de Gumersindo Trujillo[71].

El centenario de la insurgencia fue un impulsor de nuevas producciones. Isidoro Valverde publicó *Los Cantonales*[72], una obra que hace las veces de recopilatorio, ya que, como él mismo señaló, "es honesto por mi parte advertir que apenas se encontrará en este libro algo que no se haya dicho antes"[73]. Aun así, es una obra escrita con gran elocuencia, y prueba de ello son las obras que posteriormente hicieron uso de ella. Hemos de hacer alusión a los trabajos de Álvarez Junco[74], los de Clara Eugenia Lida sobre anarquismo[75] o a Juan Bautista Vilar, cuya investigación produjo las *Bases sociales y económicas del Cantón murciano*[76] —donde se presentan las bases socioeconómicas de la ciudad de Murcia anterior al Cantón— o *El Obispado de Cartagena durante el Sexenio revolucionario*[77] —un análisis del comportamiento de los cantonales no solo en Murcia sino también en Cartagena, Lorca y más municipios—. En 1975 publica *Los cantonalistas en el exilio*[78], abriendo un campo a

---

[67] Eduardo COMÍN COLOMER: *Historia de la Primera República*, Madrid, 1956. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.
[68] Gerald BRENAN: *El laberinto español*, Paris, 1962. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[69] Charles Alistair Michael HENNESSY: *La república federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-74*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2010.
[70] Antoni JUTGLAR: *Federalismo y revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*, Barcelona, 1966; Antoni JUTGLAR: *Ideologías y clases en la España contemporánea*, Madrid, 1969. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO: *El cantón murciano*, Murcia, 1990.
[71] Gumersindo TRUJILLO: "El federalismo español. Contribución al estudio de la ideología federal", 1963; Gumersindo TRUJILLO: *El federalismo español*, Madrid, 1967. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[72] Isidoro VALVERDE: *Los cantonales*, Cartagena, 1971. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[73] Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*, p. 36.
[74] José ÁLVAREZ JUNCO: *La Comuna en España*, Madrid, Siglo XXI, 1971.
[75] Clara Eugenia LIDA: *Anarquismo y revolución en España*, Madrid, 1972. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[76] Juan Bautista VILAR: *Bases sociales y económicas del Cantón murciano*, Madrid, 1973. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[77] Juan Bautista VILAR: *El Obispado de Cartagena durante el Sexenio revolucionario, 1868-1874*, Murcia, 1973. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[78] Juan Bautista VILAR: "Los cantonalistas en el exilio", *Emigración española a Argelia (1830-1900). Colonización hispánica de la Argelia francesa*, Madrid, 1975. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.

los futuros trabajos historiográficos. En el año 79 nos encontramos con el breve trabajo de María-Alice Medioni, conciso resumen que recopila la bibliografía más importante hasta la época, y en 1982 aparece la reimpresión de *El Cantón murciano, Diario de la Federación*, con el que se pretende analizar los cambios socio-económicos desde el siglo XVIII hasta 1873 como causa del cantón. Por estas mismas fechas, además, sale a la luz el volumen XXXIV de la Historia de España dirigida por Jover Zamora y Menéndez Pidal[79].

Jover Zamora publicaría, unos años después, *Realidad y mito en la primera república*, una de las obras más célebres del asunto. En ella, el historiador propuso una reconsideración de la Primera República, alejándose, por tanto, de la clásica interpretación como un fracaso absoluto, y consideró, entre otras cosas, que fue una etapa importante en términos de democracia e igualdad social[80]. Asimismo, en 1986 Jover Zamora prologó *Míster Witt en el Cantón*, añadiendo un estudio crítico y analítico de gran valor. Llevó a cabo unas "Notas para una lectura histórica de "Míster Witt en el Cantón"", entendiendo por lectura histórica "una encaminada a relacionar cada uno de los principales temas que componen el conjunto de la narración, tanto con la situación histórica real en que se gesta y se redacta la novela como con la misma experiencia biográfica del autor"[81]. Por lo demás, aquellos años están alejados de la gran cantidad de publicaciones de la época del centenario, y más allá de un congreso dedicado al Sexenio y al Cantón murciano, celebradas en 1993 y organizadas por Juan Bautista Vilar[82], la atención académica resultó escasa. No obstante, un año después, el número 10 de la revista *Anales de Historia Contemporánea* estuvo dedicado al Sexenio y al Cantón Murciano, con artículos de interés sobre los prolegómenos del Cantón[83], su impacto demográfico[84], la incidencia en la Región murciana[85], las motivaciones

[79] José María JOVER ZAMORA y Gonzalo MENÉNDEZ PIDAL: *Historia de España*, Madrid, 1981. Visto en: Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*.
[80] José María JOVER ZAMORA: *Realidad y mito de la primera república*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
[81] Ramón J. SENDER, *Mister Witt en el Cantón*, p. 35.
[82] Rafael SERRANO GARCÍA: "La historiografía en torno al Sexenio 1868-1874: entre el fulgor del centenario y el despliegue sobre lo local", *Ayer*, 44 (2001), pp. 11-32.
[83] Pedro María EGEA BRUNO: "Los prolegómenos del Cantón en Cartagena: El motín de la fragata Almansa", *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 409-16.
[84] Aureliano GÓMEZ VIZCAÍNO: "Impacto demográfico de la crisis de 1873 en Cartagena. Las bajas del Cantón", *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 443-62.
[85] Antonio PÉREZ CRESPO: "Incidencia en la Región murciana del fenómeno cantonalista", *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 285-307.

de Bismarck en la intervención naval contra Cartagena[86], o las consecuencias en un negocio hostelero[87].

Aun así, cuando un número de revista no está destinado específicamente al cantón, como ocurre en el número 44 de la revista *Ayer*, dedicado al Sexenio Democrático, la gran mayoría de artículos tratan de la Gloriosa o, desde un apartado más teórico, del republicanismo, pero no hay mención al cantón más que esporádicamente.

Entrado ya el siglo XXI, hemos de mencionar *España, 1868-1874: nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, coordinado por Rafael Serrano García, de valor por su pluralidad de perspectivas —políticas, sociales, económicas, culturales— respecto al Sexenio Democrático. Además, incluye un capítulo de Gloria Espigado Tocino en el que se analiza la historiografía del cantonalismo[88].

Sin embargo, la aportación de Gloria Espigado no se queda ahí: en otras obras lleva a cabo una investigación interesante desde el punto de vista del género y la visión que han tenido las mujeres[89], así como la manera en que han sido percibidas[90].

Aunque la experiencia cantonal no haya dado lugar a tanta bibliografía sobre sus símbolos e imágenes, lo cierto es que existen trabajos dedicados a la prensa satírica de la época, como el de Alcaraz Belzunces[91] o el de Morales Sanes[92].

En los últimos años, el Cantón de Cartagena ha adquirido gran importancia en lo que se refiere a las publicaciones, en especial con el 150 aniversario de la Primera República. Desde el punto de vista global resulta imprescindible la obra de Florencia Peyrou sobre la

[86] Luis Álvarez GUTIÉRREZ: "El marco internacional del Cantonalismo", *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 477-91.
[87] José INIESTA MAGÁN: "La fonda de París en la Cartagena del Cantón", *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 427-41.
[88] Gloria ESPIGADO TOCINO: "La historiografía del Cantonalismo", *España, 1868-1874: nuevos enfoques sobre el sexenio*, 2002, pp. 111-37.
[89] Gloria ESPIGADO TOCINO: "Mujeres "radicales": utópicas, republicanas e internacionalistas en España (1848-1874)", *Ayer*, 60 (2005), pp. 15-43.
[90] Gloria ESPIGADO TOCINO: "El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874", *Ayer*, 78 (2010), pp. 143-68.
[91] Esther ALCARAZ BELZUNCES y Joaquín ALCARAZ QUIÑONERO: "Imágenes del Cantón de Cartagena en la prensa satírica española de la época", *Cartagena histórica*, 23 (2008), pp. 30-50.
[92] Raúl MORALES SANES: *Imágenes de una Guerra: Aproximación al Cantón de Cartagena y su representación iconográfica*, Universidad de Murcia, 2017.

Primera República[93], en la cual, en contra de aquella interpretación del periodo como un caos, la autora defiende que se trató de una época que permitió el enriquecimiento de debates.

En lo que se refiere a la derrota militar, hemos de mencionar el artículo de Acosta Ortega[94]. Por supuesto, cabe destacar la importancia de trabajos como *La rebelión cantonal en la I República. Los intentos de instaurar en España un estado federal*[95], una obra colaborativa coordinada por Julián Vadillo; o la obra de Jeanne Moisand, cuya labor para comparar el Cantón con la Comuna ha dotado de valor a este trabajo[96]; además, la autora francesa ha tratado también el tema desde las conexiones globales[97] y publicó, en 2023, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*[98], un trabajo muy sólido en cuanto a bibliografía y una manera de sacar al Cantón de tantos años de interpretaciones superficiales, pesimistas y, en general, del silencio al que cayó.

Podríamos concluir, pues, que el Cantón pasó primero por un periodo caracterizado por interpretaciones superficiales y subjetivas, sin sustento bibliográfico, y por una serie de testimonios anónimos; después, siguieron unas décadas de silencio y reiteración con respecto a lo ya escrito, con trabajos mayoritariamente ideológicos; con su centenario, aparecieron obras más serias y sólidas, con puntos de vista que rompías con los tradicionales; tras ello llegó un ligero silencio, hasta el renacer de estos últimos años. Las tendencias historiográficas van y vienen y, más allá de las efemérides y los aniversarios —que, por supuesto, relanzan la producción—, la imagen general deja clara la relegación de un hecho tan rico en posibilidades a un lugar secundario.

Sobre la bibliografía acerca de Auguste Blanqui y Roque Barcia, lo escrito es, como resulta obvio, mucho más breve. Ninguno de los dos fue, al fin y al cabo, un teórico de renombre, pero sus escritos ayudan a comprender dos contextos históricos harto complejos. Aparte de las obras centrales de Blanqui, de las cuales se hablará cuando se analicen sus ideas, cabe resaltar *Blanqui y el blanquismo*, de Samuel Bernstein[99], el clásico que explora

[93] Florencia PEYROU: *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, Madrid, Akal, 2023.
[94] Faustino ACOSTA ORTEGA: "Fundamentos militares de la derrota del Cantón en Cartagena", *Revista general de marina*, 277 (2019), pp. 477-90.
[95] Julián VADILLO et al., *La rebelión cantonal en la I República. Los intentos de instaurar en España un estado federal*, Madrid, Pinolia, 2023.
[96] Jeanne MOISAND: "De la Comuna de París al cantonalismo popular español", *Le Monde diplomatique en español*, abril 2021.
[97] Jeanne MOISAND: "Revisitar el Cantón de Cartagena: microespacio revolucionario y conexiones globales (1873)", *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 2023, pp. 91-115.
[98] Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*.
[99] Samuel BERNSTEIN: *Blanqui y el blanquismo*, Madrid, Siglo XXI, 2016.

la vida y la las teorías del insurgente francés, así como *Revolutionary Theories of Louis-Auguste Blanqui*, de Alan Spitzer[100].

Siempre fue un autor aparecido en manuales, consecuencia, con probabilidad, de la distinción entre socialismo utópico y socialismo científico que llevó a cabo Engels en el siglo XIX. No es de extrañar, así, que aparezca en obras como *Socialismo premarxista*[101] o *El primer socialismo: temas, corrientes y autores*[102]. También resultan de interés las biografías de Decaux[103] y Enaa Greene[104], en especial si se tiene en cuenta que se trató de un hombre de acción. Sin embargo, la mejor biografía del revolucionario francés no es otra que la obra maestra del crítico de arte e historiador Gustave Geffroy, *L'enfermé*[105], publicada en 1897. Además de ser considerado como un precedente del comunismo científico, su obra *La eternidad a través de los astros*[106] ha sido comentada desde puntos de vista artísticos[107] y filosóficos[108], en buena medida a raíz de *París, capital del siglo XIX*[109] de Walter Benjamin. Por último, se ha de señalar la importancia de artículos como el de Luelmo Jareño[110].

Con Roque Barcia nos enfrentamos, como con el Cantón de Cartagena, a un silencio histórico considerable, ya que su figura ha sido rescatada principalmente en los últimos años. Aunque una introducción concisa y de interés sea *Roque Barcia, su último manifiesto cantonal*[111], de Rodríguez Rubio, la gran obra en la que se apoya este trabajo no es sino la biografía intelectual de Ester García Moscardó: *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*[112], en la cual se consigue un equilibrio entre vida e ideas que encaja a la perfección con la vida del insurgente. De la misma autora habría que destacar,

---

[100] Alan SPITZER: *Revolutionary Theories of Louis-Auguste Blanqui*, AMS Press, 1970.
[101] Pedro BRAVO GALA: *Socialismo premarxista*, Tecnos, 1998.
[102] Gian Mario BRAVO: *El primer socialismo: temas, corrientes y autores*, Akal, 1998.
[103] Alain DECAUX: *Blanqui. L'insurgé*, Librairie Académique Perrin, 1997.
[104] Doug ENAA GREENE: *Communist Insurgent: Blanqui's Politics of Revolution*, Haymarket books, 2017.
[105] Gustave GEFFROY: *L'enfermé*, Paris, Charpentier, 1897.
[106] Louis-Auguste BLANQUI: *La eternidad a través de los astros*, Madrid, Siglo XXI, 2000.
[107] Luis VILLACAÑAS DE CASTRO: "El eterno retorno en Borges, Blanqui, Whitman: retornos de la filosofía a partir de Nietzsche", *Estudios Nietzsche: Revista de la Sociedad Española de estudios sobre Friedrich Nietzsche*, 13 (2013), pp. 119-34.
[108] David BENSAÏD: "Vagando por el pavimento. La ciudad insurgente de Blanqui y Benjamin", *Acta Poética*, 28 (2007), pp. 129-49.
[109] Walter BENJAMIN: *París, capital del siglo XIX*, Olañeta, 2021.
[110] José María DE LUELMO JAREÑO: "Il n'y a pas de progrès. Vueltas y revueltas de Louis-Auguste Blanqui", *Co-herencia: revista de humanidades*, 14 (2017), pp. 111-27.
[111] Jesús RODRÍGUEZ RUBIO: "Roque Barcia, su último manifiesto cantonal", *Anales de Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 217-25.
[112] Ester GARCÍA MOSCARDÓ: *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, Granada, Comares, 2021.

también, sus trabajos acerca del anticlericalismo[113], su proyecto federal[114] y la relación entre progreso y religión[115] en Roque Barcia. Tampoco ha de olvidarse el breve trabajo de Escot Mangas *Roque Barcia: "Teoría del infierno o la ley de la vida"*[116].

3. ANTECEDENTES

Convendría partir de la idea evidente de que no hay dos hechos históricos iguales, pues por su naturaleza un concreto histórico es la síntesis de unas determinaciones y otro de otras. Sin embargo, sí existen similitudes entre acontecimientos, incluso entre aquellos con contextos desiguales.

Antes de analizar los símiles entre ambas insurgencias, resulta pertinente situar sus antecedentes con brevedad.

A pesar de los poco más de dos años que separan a ambos acontecimientos y de la influencia del primero sobre el segundo, las revueltas nacen por motivos y en circunstancias diferentes; el París de 1871 y la Cartagena de 1873 no son lo mismo.

Sería tentador estudiar la tradición revolucionaria francesa y remontarse hasta la Revolución Francesa (1789-1799), tan influyente en el "largo siglo XIX" del que hablaba Hobsbawm, o partir de las revoluciones de 1848, tan estudiadas por los pensadores de izquierdas a lo largo del siglo XIX y XX. No obstante, siendo que la extensión de este trabajo no lo permite, lo conveniente es desarrollar las causas directas o últimas de la Comuna, y lo mismo haremos con el Cantón.

3.1. ANTECEDENTES DE LA COMUNA

[113] Ester GARCÍA MOSCARDÓ: "Anticlericalismo, cristianismo y democracia en la obra de Roque Barcia Martí", *Veinte años de congresos de Historia Contemporánea (1997-2016*), 2017, pp. 201-10.
[114] Ester GARCÍA MOSCARDÓ: "Democracia, república y federación en época isabelina. Una aproximación al proyecto federal de Roque Barcia Martí", *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 28 (2016), pp. 23-43.
[115] Ester GARCÍA MOSCARDÓ: "La cruz como dogma del progreso: Democracia y religión en Roque Barcia Martí", *Dimensiones religiosas de la Europa del Sur (1800-1875)*, 2018, pp. 147-63.
[116] Sergio ESCOT MANGAS: "Roque Barcia: "Teoría del infierno o la ley de la vida"", *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español*, 2005, pp. 273-92.

9 de agosto de 1870. El Imperio ya ha perdido tres batallas de la guerra franco prusiana. Douay, Frossard, Macmahon, se han dejado sorprender, y Alsacia está perdida. Emile Ollivier convoca a la Cámara Legislativa. Las calles de París están llenas, y la gente espera, ansiosa, la consigna de los diputados de izquierda. La sesión se abre a la una. Tanto la policía como el ejército protegen la Asamblea Nacional frente a la muchedumbre. Hay, según Lissagaray, 100.000 hombres. Muchos, obreros; obreros que, sin embargo, carecen de jefes, pues o se hallan exiliados o encerrados. En cuanto a la izquierda republicana, apela a los sentimientos patrióticos de la multitud y exhorta a los obreros. Jules Ferry y Gambetta consiguen restablecer la calma. Jules Favre invita a la asamblea a que tome el gobierno. Además, propone retomar la antigua Guardia Nacional, en la que se reclutaban soldados entre los ciudadanos inscritos en las listas electorales. Los mamelucos, furiosos, dejan las contemplaciones y, con aplomo, se quitan de encima a Emile Ollivier, imponiendo por fuerza el equipo encabezado por Palikao. Este sabotea la idea de que se extienda la guardia Nacional, temeroso de un pueblo armado, y solo arma a los elementos que considera de confianza. En otras palabras, en lugar de centrarse en la guerra contra el invasor, contra Prusia, el gobierno está más preocupado en París y en mantener el orden[117].

¿Cómo se llegó a una situación tan crítica en el país?

En general, el Segundo Imperio (1852-1870) tiende a dividirse en dos: la década autoritaria y la década liberal, o los "buenos años" (1852-1861) y el "declive y caída" (1861-1870)[118]. Aunque en la primera etapa el emperador pudo mantener la situación bajo control, las políticas —exteriores e interiores— llevadas a cabo en la segunda contribuyeron a su fin.

La aventura de México (1861-1867) chocó con la hasta entonces buena trayectoria militar del Segundo Imperio. Los hechos son conocidos. México, desgastado por una guerra civil entre católicos y liberales anticlericales, dejó de pagar sus deudas; en consecuencia, Francia, Gran Bretaña y España se embarcaron en una expedición militar destinada a proteger los intereses de sus nacionales, pero los británicos y los españoles se marcharon casi inmediatamente. Los conservadores mexicanos deseaban instaurar una monarquía que diera fin a la república de Benito Juárez. El elegido no fue otro que Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria, quien fue nombrado emperador con el apoyo del ejército

[117] LISSAGARAY: *La historia de la comuna de París de 1871*, Capitán Swing, 2021.
[118] Alain PLESSIS: *The Rise and Fall of the Second Empire, 1852-1871*, Cambridge University Press, 1985.

francés. Las tropas de Bazaine avanzaron sin dificultad hasta Ciudad de México, donde se quedaron a proteger al nuevo emperador[119].

La idea de la alianza con México ha sido discutida: se trataba de frenar la expansión de Estados Unidos, que por entonces se hallaba inmerso en la guerra civil (en la cual Francia apoyó a los confederados), pero también estaba el factor de la intervención de Morny en las deudas de Jecker, o el posible deseo de Napoleón III de complacer a los católicos, o incluso el sueño utópico sansimoniano de un canal interoceánico. No obstante, la guerra civil entre los conservadores y los liberales de Juárez se decantó por los últimos, apoyados por el Gobierno de los Estados Unidos en cuanto terminó la guerra civil norteamericana. Finalmente, debido al alto coste de la intervención (más de 300 millones) y el cansancio de las tropas francesas, Napoleón III decidió evacuar las tropas en 1866. Sin encontrar apoyos exteriores, Maximiliano I fue derrotado y fusilado en Querétaro[120].

Por otro lado, las tensiones entre Prusia y Francia aumentaron con la Crisis luxemburguesa, en la cual la potencia de Bismarck se opuso a la compra de Napoleón III del Gran Ducado de Luxemburgo. Pese a que este pequeño conflicto se solventó con el Tratado de Londres de 1867, fue una de las causas directas de la Guerra Franco-Prusiana (1870-71).

La Guerra de las Siete Semanas (1866) entre Austria y Prusia y la victoria de esta última supuso la anexión de los estados alemanes del sur, causando el recelo de Napoleón III y aumentando la tensión. Bismarck sabía que una victoria sobre Francia sería el mejor medio para la completa unificación alemana, y tanto él como el mariscal Moltke sabían que el ejército francés era bastante más débil.

Con el exilio de Isabel II en 1868, Juan Prim, el presidente del consejo de ministros de España, llevó a cabo una visita al príncipe prusiano Carlos-Antonio de Hohenzollern para ofrecer la posibilidad de que el trono español recayera en su hijo Leopoldo. Evidentemente, Bismarck presionó la decisión. Napoleón III, por su parte, negoció con Guillermo I, jefe de la casa Hohenzollern, para que se retirara la candidatura. Sin embargo, Bismarck consiguió que se reactivara y el 2 de julio lo hizo público con el fin de que Francia iniciara la guerra.

El 5 de julio, el ministro de asuntos exteriores francés, Gramont, a quien Bismarck llamaba "el hombre más necio de Europa", declaró que "Francia no puede dejar que una

[119] Ibid., p. 150.
[120] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, p. 24.

potencia extranjera ponga a uno de sus príncipes en el trono de Carlos V", y un par de días después le pidió al rey de Prusia que retirara la candidatura[121].

Benedetti, el embajador francés en Prusia, habló con Guillermo I en el balneario de Ems, logrando que se retirara la candidatura. El 12 de julio lo hizo oficial el padre del príncipe, pero la renuncia no era suficiente para Francia; era preciso que el propio Guillermo I firmase una orden. En las Tullerías querían la guerra a toda costa, en especial los antiliberales, la emperatriz y los mamelucos. Benedetti recibió la orden de volver a verse con el rey prusiano para que le firme una confirmación escrita, pero Guillermo se negó e informó por telegrama a Bismarck. Aquí, aunque la interpretación más extendida sea la de que Bismarck editó el telegrama hasta parecer que el encuentro entre ambos fuera hostil[122], otros historiadores como Richard J. Evans ofrecen una versión algo distinta, alegando que el equívoco fundamental habría llegado por un fallo de traducción del término francés *aidedecamp* por el de "asistente", dando la sensación de que había sido un mero suboficial de bajo rango el que había dado la negativa al embajador. Esto, al parecer, habría bastado a Napoleón III para declarar la guerra. Sea como fuere, esta declaración llegó el 19 de julio de 1870[123].

La guerra, impulsada por una serie de circunstancias —crisis luxemburguesa, guerra de las siete semanas, la candidatura de los Hohenzollern, etc.—, había sido favorable tanto para el gobierno de Bismarck como para el de Napoleón III, pero por razones diferentes: Bismarck y el rey de Prusia deseaban la unidad de Alemania; Napoleón III, por el contrario, buscaba una guerra a modo de "distracción política". ¿Y por qué esa distracción política?

Sintetizando lo ya expuesto, se podría señalar que Napoleón III tenía en su deber, a finales de la década de los sesenta, el fracaso de México (1861-1867), la oposición de la Iglesia contraria a la ayuda francesa a la unificación italiana y el descontento empresarial por el tratado de libre comercio con Gran Bretaña en 1860. Buscó, en consecuencia, apoyo en los liberales, dando comienzo a un nuevo periodo.

La Asamblea recuperó los derechos de iniciativa (1860), control presupuestario (1861) e interpelación (1867); se suprimió la censura de la prensa, facilitando el desarrollo

[121] LISSAGARAY, *La historia de la comuna de paris de 1871*, p. 70.
[122] Alain PLESSIS, *The Rise and Fall of the Second Empire, 1852-1871.*
[123] Richard J. EVANS: *La lucha por el poder: Europa 1815-1914*, Crítica, 2017.

de la oposición republicana y monárquica, pero también de un movimiento obrero. El gobierno concedió, además, el derecho de asociación (1863)[124].

El 2 de enero, Emile Ollivier triunfó en su idea de formar un gabinete compuesto por miembros cercanos al emperador, de centro-derecha (liberales bonapartistas) y de centro-izquierda (liberales que aceptaban el Imperio). Finalmente, el 20 de abril de 1870 se completaba la construcción de un sistema parlamentario.

Prueba del reforzamiento que quería llevar a cabo Napoleón III es el plebiscito del 8 de mayo de 1870, donde dejaba caer la siguiente pregunta: "¿El pueblo francés aprueba las reformas operadas en la Constitución desde 1860?". Esto provocó disputas entre la oposición, pues la pregunta estaba formulada de tal manera que era muy difícil expresar la desaprobación del Segundo Imperio y sus políticas sin declarase al mismo tiempo en contra de las reformas democráticas[125]. Hubo 7.350.000 votos a favor y 1.538.000 en contra.

Sin embargo, en la práctica, en 1870 reina la confusión: "se suceden las órdenes y los reglamentos contradictorios. Los planes de movilización, de transporte y de equipamiento se ejecutan mal o no se ejecutan en absoluto"[126].

El 19 de julio de 1870, la superioridad logística prusiana se hizo palpable desde el comienzo de la guerra, no solo porque su ejército era más numeroso y contaba con la alianza de los estados alemanes, sino que mientras que Le Boeuf, el general francés, no poseía un plan claro y cohesionado, Moltke ya sabía cómo actuar desde 1866. No es una sorpresa, pues, que los últimos días del régimen bonapartista —del 9 de agosto al 4 de septiembre— vinieran bajo una sucesión constante de derrotas: el 12 de agosto Bazaine es nombrado general jefe, el 18 se produce la batalla de Gravelotte, y las tropas francesas deciden retirarse a Metz, que será sitiado; el 31 de agosto se da el combate de Bazeilles; el 1 y 2 de septiembre se produce la batalla de Sedán, donde Francia capitula y Napoleón III es tomado prisionero[127].

El 5 de septiembre, con la noticia de la captura del emperador, una muchedumbre se agolpó en la cámara legislativa. Muchos aclamaban la república. Blanqui estaba allí con sus hombres (Delescluze, Milliere, Ranvier), pero también la burguesía armada de la Guardia

[124] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, p. 25.
[125] Karl MARX, Friedrich ENGELS, Vladimir LENIN: *La Comuna de París*, Madrid, Akal, 2011.
[126] Henri LEFEBVRE, *La proclamación de la comuna*, p. 120.
[127] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*.

Nacional. Los parisinos irrumpieron, de pronto, en el edificio, donde se dio un debate: la proclamación del fin del Imperio de Jules Favre competía con las propuestas del gobierno y las de Thiers, que buscaban la defensa nacional. Muchos republicanos y socialistas, entre ellos "cuarentayochistas", se reunieron alrededor del Hôtel de Ville.

Aquella tarde, Gambetta proclamó la República, siendo ovacionado por la multitud, y dos días después de la derrota de Francia en Sedán, caía el Imperio y se establecía la Tercera República[128]. Es en este momento cuando se constituye un gobierno provisional de defensa nacional, compuesto por republicanos moderados —Jules Ferry, Jules Simon y Jules Favre— y radicales —León Gambetta, Henri Rochefort y Emmanuel Arago—. Trochu fue elegido presidente, y al frente del Ministerio de la Guerra se situó el militar monárquico Adolphe Le Flo[129].

El 19 de septiembre el ejército prusiano puso sitio a una ciudad de París en la que el término "comuna" comenzó a adoptar fuerza en un sentido revolucionario, tanto más cuanto que las derrotas se repetían, hasta que el 28 de enero el gobierno de defensa nacional acordó el armisticio y dos días más tarde se firmó la rendición. Como Bismarck deseaba que la paz la firmara un gobierno estable, se convocaron elecciones y, como solía ser normal, el peso rural fue decisivo: vencieron los monárquicos.

La Asamblea de los "rurales" estaba compuesta por una mayoría monárquica —orleanistas y legitimistas— y una minoría republicana y liberal. Esta Asamblea eligió a Thiers como jefe del poder ejecutivo. Se firmó el Pacto de Burdeos, según el cual quedaba pendiente la decisión de qué tipo de gobierno establecer. La mayoría de parisinos habían votado a los republicanos, por lo que la victoria de los monárquicos aumentó la atmósfera de desencanto de la capital[130].

3.2. ANTECEDENTES DEL CANTÓN DE CARTAGENA

La abdicación de Amadeo de Saboya en febrero de 1873 llegó de forma inesperada. Así lo señalaba Pi y Margall en sus memorias de 1874: "vacío el trono, mal preparadas aún las cosas para la restauración de los Borbones, sin más príncipes a que volver los ojos, los

[128] John MERRIMAN, *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, pp. 50-1.
[129] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, p. 30.
[130] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*.

hombres políticos sin distinción de bandos, ven casi todos como una necesidad la proclamación de la república"[131].

La manera en la que se proclamó la Primera República —por 258 votos contra 32— el 11 de febrero de 1873, votada por una mayoría radical que buscaba una solución unitaria y conservadora (como se hizo en Francia), determinó las posibilidades de existencia de una república federal. La vía legalista, sostenida especialmente por Pi y Margall, además de ralentizar mucho el desarrollo de las bases republicanas, contradecía sus ideas intrínsecas en lo que respecta a la construcción del Estado de abajo arriba, y la insurgencia cantonalista no deja de ser una consecuencia o respuesta al respecto[132].

La repentina abdicación y proclamación obligó a actuar y tomar decisiones de forma precipitada. Así, y en contra de lo estipulado en la constitución de 1869, el Congreso se convirtió en Asamblea Nacional al fusionarse con el Senado, y fue declarado en sesión permanente. Las divisiones que desde el comienzo perforaron no solo al republicanismo sino también a los radicales (Rivero y Martos pretendieron hacerse con la dirección del partido y lucharon, junto con Ruiz Zorrilla, por la presidencia de la Asamblea), pusieron de manifiesto los problemas para acoger el pluralismo de las culturas políticas de buena parte del siglo XIX[133].

Al fin y al cabo, la mayoría de los que votaron a favor de la República, en una Cámara con solo 77 republicanos frente a 274 radicales y cimbrios, pensaron que lo que se implantaría sería una suerte de monarquía sin monarca[134]. No fue así para las masas llenas de expectación, y los "¡Viva la República!" proferidos en muchas ciudades fueron prueba de ello.

Se nombró a Estanislao Figueras para la dirección del gobierno, al frente de un equipo compuesto de republicanos como Castelar, Salmerón o Pi y Margall y en el que figuraban cuatro ministros radicales de la última monarquía, prueba clara de la naturaleza de "acuerdo consensuado" del régimen, en buena parte por lo abrupto del momento.

Después del golpe de fuerza fallido de Martos, en un momento en que los choques entre radicales y republicanos se sucedían, y tras la abolición de la esclavitud en Puerto Rico,

---

[131] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, p. 197.
[132] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, p. 249.
[133] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, p. 200.
[134] Josep FONTANA LÁZARO: *Historia de España. Volumen 6: La época del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 385.

el 23 de marzo se disolvió la Asamblea, no sin antes formar una comisión permanente formada por 11 diputados radicales, cinco republicanos y tres conservadores, que gobernaría mientras las Cortes estuvieran disueltas.

El 23 de abril, en la última sesión de la comisión, se intentó llevar a cabo otro golpe de fuerza, detrás del cual se situaban "núcleos sagastinos y alfonsinos, junto con Serrano, el capitán general de Castilla y León (Pavía) y el alcalde de Madrid (Juan Pablo Marina)"[135]. Más allá de la importancia del golpe como tal, es otra muestra más de la inestabilidad de aquellos momentos, y aumentó todavía más la impaciencia de los republicanos intransigentes que ansiaban un régimen federal. Como consecuencia, los clubes republicanos desarrollaron una tendencia más revolucionaria, al mismo tiempo que se dificultaba la posibilidad de la formación de un gobierno para todos.

Finalmente, las elecciones se celebraron el 10 de mayo, y entre la abstención de la oposición (radicales, sobre todo) y la creación de un Centro Político Electoral con el fin de preparar la convocatoria, los republicanos lograron un rotundo éxito, a lo que contribuyó también una potente propaganda durante la campaña en forma de movilizaciones, mítines y, en particular, artículos periodísticos: "En Madrid, por ejemplo, la prensa existente se vio incrementada con títulos como *La Juventud Republicana*, de Angel Gamayo; *La España Federal*, de Luis Blanc o *La República*, de Pablo Nougués"[136]. Debido a los escasos votos para los intransigentes, crecieron los ataques en periódicos como *La Justicia Federal*, fundado y dirigido por Roque Barcia.

El 1 de junio se inauguraron las Cortes Constituyentes. La primera votación, el 8 de junio, fue para proclamar la república federal, la cual no culminaba con las divisiones, pues "para unos era el pacto, para otros la autonomía y para otros la más amplia descentralización"[137]. En este punto quedaron claras tres fracciones: en el centro, un grupo mixto, Pi al frente, compuesto por personajes como Estévanez, García López, Díaz Quintero, etc. Eran, de acuerdo con Román Miguel, *demosocialistas*, cuyas ideas básicas serían "la defensa de la autonomía individual y municipal, el pacto y una ciudadanía participativa y responsable. Abogaban, además, por un asociacionismo cooperativista y un federalismo municipalista". El objetivo final era pasar del sistema capitalista a uno basado en la regulación de la distribución; a la derecha, republicanos moderados o *demoliberales*, a cuya

[135] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, p. 209.
[136] Ibid., p. 210.
[137] Josep FONTANA LÁZARO, *Historia de España. Volumen 6: La época del liberalismo*, p. 389.

cabeza estaba Castelar y formado por Miguel Morayta, Eleuterio Maisonnave, Rafel Cervera, etc. Defendían las libertades civiles, políticas y económicas, pero la libertad individual estaba supeditada al bienestar de la nación, y, además, debía ocurrir de arriba abajo; y a la izquierda, los *intransigentes*, liderados por José María Orense y con figuras como Juan Contreras, Romualdo Lafuente o Roque Barcia[138], aunque este último no apareció por las Cortes, ni siquiera a la sesión en la que se proclamó la República Federal[139].

En lo que se refiere a este último sector, cabría señalar que por aquel entonces llevó a cabo la creación del Centro Republicano Federal Español, el club republicano que hegemonizó la actividad intransigente y el que promovería la creación del *Comité de Salud Pública* de Madrid y cuyo presidente no sería otro que Roque Barcia. Sin embargo, parece que Barcia no tuvo relación con los inicios del Centro[140].

Aunque los tres grupos mencionados se mostraron a favor de reformas como la reducción de la jornada laboral a nueve horas o la prohibición del trabajo infantil, no todos estaban de acuerdo con reformas más radicales, como la abolición de la herencia colateral o la limitación de la herencia directa[141].

Conforme la tensión y las discrepancias aumentaban, así lo hacía la agitación intransigente, y así lo muestra el intento de golpe de estado de Pierrad y Contreras el 10 de junio. La huida de Figueras o las dificultades de Pi y Margall para formar gobierno no ayudaron; la imagen de la República, solo reconocida por Estados Unidos y Suiza, no era buena. Además, la decisión de Pi de llevar a cabo elecciones de ayuntamientos y diputaciones para su renovación no gustó nada entre los intransigentes, y es lo que los empujó a comenzar a organizarse para la realización práctica de la federación. El 20 de junio, Barcia escribía en *La Justicia Federal* que la federal debía constituirse "en juntas de gobierno para realizar la soberanía administrativa y económica de los Estados particulares"[142].

Tras el rechazo en Cortes de la creación de una Junta de Salud Pública con poder ejecutivo, el Centro Republicano la aprobó por su cuenta el día 29 de junio bajo la dirección de Barcia. El 1 de julio, los diputados intransigentes abandonaban las Cortes.

---

[138] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, pp. 214-5.
[139] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, pp. 253-4.
[140] Ibid., p. 250.
[141] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, p. 217.
[142] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, p. 255.

El *Comité de Salud Pública*, un "Estado dentro del Estado legítimo", alcanzó gran importancia, llegando incluso a tener una Comisión de Guerra y a llamar a voluntarios. Publicó su manifiesto, al mismo tiempo que varios intransigentes intentaban, mediante expediciones por España, agitar una sublevación que estaba al caer.

4. HECHOS

Situados ya los dos escenarios, con los dos levantamientos a punto de eclosionar, lo que se llevará a cabo a continuación es una comparación entre sus desarrollos y formas de existir.

Antes que nada, sería conveniente analizar la influencia que la Comuna tuvo en el Cantón y ver si existía algún tipo de "continuidad".

En 1871 (aunque publicado en 1872), el republicano Miguel Morayta escribió una suerte de *instant book* llamado *La Commune de París*. En ella señalaba que la Comuna era "el fantasma aterrador con que se hace odiosa la república (…) no faltan muchos que temen la república, porque ingenuamente creen que tras la república está la *Commune*"[143]. Lo cierto es que la mayoría de republicanos españoles condenaban la idea de una "Comuna", en especial en una época histórica en la que tanto se temían los movimientos de abajo arriba.

Con el centenario de la Comuna, historiadores como Carlos Serrano y Álvarez Junco analizaron su influencia en España. Ambos estaban de acuerdo en que la consecuencia principal de la Comuna en España fue la movilización del obrero hacia un internacionalismo muy marcado por el anarquismo. Según Álvarez Junco, los trabajadores españoles se alejaron del republicanismo después de 1871, debido a la "traición" de los republicanos franceses. Vino de la mano, además, de un movimiento represivo para con los obreros (prohibición de la AIT), el cual resultó tanto más contraproducente cuanto que dio una publicidad que ayudó en su ascenso entre 1871 y 1872. A juicio de estos historiadores, el apoliticismo de la FRE (Federación Regional Española de la AIT) trajo consigo que la

[143] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, p. 11.

cantonal de 1873 no fuera socialista ni popular, cayendo en la vieja consideración engelsiana[144].

Desde muchos sectores de izquierda se tachó y se ha tachado la revolución de "burguesa", y tanto comunistas como anarquistas, tras la escisión en la Internacional, se consideraban ajenos a ella. Los conservadores, por su parte, la condenaron, y sí vieron cierta continuidad: "Todavía nos preguntamos si la junta revolucionaria de Cartagena estará dispuesta y será capaz de imitar fielmente a la Comuna hasta el final. Hasta ahora, no es tanto una copia debilitada como una caricatura ridícula", se leía el 6 de septiembre de 1873 en *Le Temps*[145]. Según el diario, se vería, al igual que dos años antes en París, la proclamación de una república municipal que conduciría a la anarquía, pero en forma de farsa. Otros periódicos comenzaron a extender la idea de que sería un refugio de comuneros e internacionalistas franceses. En resumen, lo que se veía en ese mismo momento era una distorsión de la Comuna, una imagen falsa, y lo mismo podríamos señalar de sus consecuencias: mientras que los comuneros fueron conmemorados con rapidez de forma internacional y en las siguientes décadas, no ocurrió lo mismo con los cantonalistas[146].

A pesar de la acusación de movimiento burgués, lo cierto es que, como señala Jeanne Moisand, se ha demostrado que el *bakuninismo* nunca había logrado el triunfo que se le atribuye en el seno del FRE. De hecho, la interpretación nació en 1873 de la mano de los propios dirigentes del FRE.

Muchos de los hombres que promovieron la revuelta y que irrumpieron en la ciudad, usaron vocabulario muy parecido al que habían utilizado los parisinos, lo que ha llevado a algunos historiadores como Román Miguel González a atribuirles ideas "jacobinas-socialistas", cercanas a las de los neojacobinos y los blanquistas de París. Además, dos comuneros, Combatz y Guaitella —aunque algunos meten en la lista a Fortuné Henry—, participaron en el Cantón de Cartagena, si bien fueron dejados en un segundo plano bajo el pretexto de no poder "adaptarse". Antonio de la Calle fue, empero, el comunero más importante en aquel momento, pues llegó a formar parte de la junta revolucionaria a partir del mes de octubre. A pesar de estos detalles, no se debería tildar al cantón de "comunal",

[144] Jeanne MOISAND, ""Cantonards" and "Communeux". The Spanish cantonal revolution in the shadow of the Commune (1873)", *Revue d'histoire du XIX*, 63 (2021), pp. 57-74.
[145] "La Commune à Carthagène": *Le Temps*, 6 septiembre 1873, p. 2.
[146] Jeanne MOISAND, ""Cantonards" and "Communeux". The Spanish cantonal revolution in the shadow of the Commune (1873)".

porque, aunque sí hubo influencia en algunos de los rasgos, no fue suficiente como para formar un movimiento semejante. Ni el cantón era bakuninista, ni era, como señalaban los conservadores, un nido de comunistas internacionalistas sanguinarios, pero la preocupación tanto de ciertos sectores en España como de las potencias internacionales por la instauración o la expansión del comunismo era real, lo que llevó, entre otras cosas, a tomar la iniciativa al oficial naval alemán Werner con la ayuda de los británicos[147].

En cuanto a las similitudes, lo primero que cabría destacar es el carácter espontáneo de ambas insurgencias. No puramente espontáneo, pues en París la palabra y la idea de Comuna comenzaron a coger fuerza antes de la insurrección, y en España ya se ha visto la intención de los intransigentes de que explotara la rebelión. Sin embargo, ninguno de los dos acontecimientos fue por completo orquestado, y el desarrollo caótico y la nube de incertidumbre que se posó en ambos son prueba de ello.

El detonante de la Comuna no fue otro que el intento de las autoridades de Versalles por recuperar los cañones que pertenecían a la guardia o, para ser más precisos, a los batallones de los barrios. Los residentes en Belleville y muchos guardias nacionales comenzaron a construir barricadas con el fin de que las autoridades no pudieran trasladarlos. Claude Martin Lecomte, el general que ordenó disparar contra los ciudadanos que impedían el traslado del armamento, fue derribado y fusilado. La mayoría de las tropas dieron la vuelta a sus fusiles y se unieron a una insurrección que se extendió rápidamente. Siguiendo las estrategias blanquistas, se hicieron con los principales centros de poder político, administrativo y militar. Así, el Hôtel de Ville fue tomado y en él se instaló el *Comité Central de la Garde Nationale*, la organización que se había hecho con la dirección de la revuelta[148].

En cuanto al Cantón, aunque podemos ver los prolegómenos de la revuelta en el motín de la fragata Almansa[149], Eduardo Sauvalle, en un manuscrito de la época, señalaba que la chispa la había encendido Antonio Bosque, conocido como "el Merlo", un artesano miembro de la milicia ciudadana de Cartagena, al haber dejado tomar el Castillo de Galeras a José Antonio Sáez, miembro de los "Voluntarios movilizados de Cartagena". Relatos posteriores olvidan a Merlo y atribuyen a Manuel Cárceles, un estudiante enviado por el Comité de Salud pública de Madrid, el comienzo de la insurgencia, dejando en un segundo

[147] Ibid.
[148] John MERRIMAN, *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, pp. 70-1.
[149] Pedro María EGEA BRUNO, "Los prolegómenos del Cantón en Cartagena: El motín de la fragata Almansa", *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 409-416.

plano a la movilización local y dotando de protagonismo a los "intransigentes" de Madrid, que habrían conseguido ser los guías del pueblo. Sin embargo, la iniciativa de la movilización fue llevada a cabo por la milicia ciudadana, reabierta tras la proclamación de la república. Y este es otro punto a comparar con la situación francesa. Así como en París existía la Guardia Nacional, de tanta trascendencia en los movimientos populares del siglo XIX francés, en España existía la milicia. Desde la década de 1840, y especialmente desde 1868, dicha milicia reclutaba entre los trabajadores manuales; en Madrid, verbigracia, "jornaleros y artesanos casi monopolizaron las filas de los Voluntarios de la Libertad tras la Gloriosa"[150]. El gobierno, previendo un dominio republicano de los ciudadanos armados, decretó disolverla en otoño de 1869, aunque muchos mantuvieron las armas.

Ambas organizaciones, Guardia Nacional y milicia, fueron clave en el devenir y desarrollo del alzamiento, y muestran el componente popular que a lo largo de los años se intentó ocultar reduciendo el asunto a la acción de las élites. Pero no solo se vio en la milicia; la propia Junta de Salud Pública creada por los movilizados en la noche del 11 al 12 de julio, a pesar de que el capitán de infantería García Alcántara señalará en sus *Memorias* que estaba "compuesta de idiotas, una comunidad de hambrientos de oro", mostraba una realidad diferente: ocho de los 21 miembros pueden clasificarse como trabajadores manuales, fabricantes y comerciantes, desde taberneros, carpinteros o tintoreros hasta trabajadores del arsenal, poniendo de manifiesto el carácter interclasista y popular del movimiento. Además, los propietarios dentro de la junta utilizaban sus establecimientos para desarrollar las agitaciones, como es el caso del local de vinos de Francisco Ortuño o Juan José Martínez, dueño de una taberna donde se reunían los del muelle. Eran lugares próximos al internacionalismo obrero, los cuales rivalizaban con dos clubes "intransigentes" de la ciudad: los Amigos de la Libertad y la Fraternidad, competidores con los clubes "moderados". Pero es solo una característica propia de la junta; la revolución afectó a los trabajadores menos cualificados, y comenzaron a emplearse como mano de obra. Además, debido a la huida de muchos trabajadores, se reclutó primero a los desempleados. El 16 de julio podía leerse un anuncio en las calles de Cartagena animando a su participación, y en agosto comienzan a recurrir a los convictos del presidio.

El movimiento internacionalista en Cartagena había nacido temprano; las actas de la Comisión Federal nos hablan de movilizaciones de obreros en el Arsenal *La Carraca* ya en

[150] Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, p. 29.

1870, y el paso de internacionalistas como Enrique Borrel, Tomás González Morago u Ángel Mora no es desdeñable[151]. Esta cultura juntista era una práctica política espontánea de largo recorrido en España. Nacida con la Guerra de Independencia, se repitió a raíz de los levantamientos de 1820, 1835-36, 1840-43, 1854 y 1868[152].

La heterogeneidad tanto de la Guardia Nacional como de las milicias deja entrever la complejidad social de los dos hechos, que no pueden encorsetarse en etiquetas pétreas como "elitista", "burguesa" o meramente "republicana", pues, aunque el proyecto de federación era, sin duda, republicano, no por ello se ha de olvidar la búsqueda de desarrollo social por parte de los sublevados.

En París existía una diversidad de labores o trabajadores, con mayoría de artesanos (dedicados a la decoración, la forja, la alta costura, la tapicería, la impresión, etc.) y pequeños comerciantes, que comenzó a difuminarse con la industrialización de la ciudad. La nueva división del trabajo supuso la proletarización de miles de artesanos, y la antítesis entre burguesía y proletariado aumentó, en parte también como consecuencia de la remodelación urbanística de mediados del siglo XIX. En 1853, no mucho después de la proclamación del Imperio, Georges Haussmann, prefecto del departamento del Sena, recibió el encargo de transformar la ciudad, con tres objetivos en mente: ventilar la ciudad, que había sido devastada por brotes de cólera a lo largo de la primera mitad de siglo, liberar el flujo de mercancías y capital (los almacenes ocuparían un lugar destacado en los bulevares) y, en especial, limitar las posibilidades de levantamientos, máxime tras las revoluciones de 1830 y 1848, en cuyo éxito resultó imprescindible la existencia de calles pequeñas en las que construir barricadas[153].

Una de las consecuencias más directas de la "haussmannización" de París fue la segregación social. Hasta entonces, lo normal era que distintas clases habitaran un mismo edificio. Así, "la burguesía ocupaba el segundo piso y los trabajadores, según su capacidad, el tercero, cuarto o quinto. Por último, los empleados de la casa, estudiantes y artistas habitaban las habitaciones que daban al tejado". Con la remodelación, los nuevos edificios fueron destinados con exclusividad a las clases acomodadas[154]. La marginalidad aumentó

[151] Julián VADILLO et al., *La rebelión cantonal en la I República. Los intentos de instaurar en España un estado federal*, p. 120.
[152] Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, p. 14.
[153] John MERRIMAN, *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, p. 22.
[154] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, p. 61.

con la población —se pasó de poco más de un millón en 1851 a dos millones en 1870—, y muchos de los inmigrantes y trabajadores se acumulaban en casas de huéspedes; se alcanzó la densidad de 15.000 personas por kilómetro cuadrado en *Le Marais*, por ejemplo. El París de la exposición universal, esa "Babilonia del futuro", como la llamaba Théophile Gautier, contrastaba con el hacinamiento de los barrios más pobres. Esto es importante porque la exacerbación de las antinomias de clase creó una separación, una contradicción bajo la retórica "nosotros/ellos" inextricable, lo que ayudó en el desencadenamiento de la Comuna.

¿Qué reformas o políticas tomaron el cantón y la comuna?

Con la proclamación de la Comuna, se pusieron en marcha una serie de políticas que iban acorde a la construcción de un nuevo modelo social, autogestionado, democrático e igualitario, algo que se puede apreciar en la propia *Déclaration de la Commune au Peuple Français*. El proyecto comunal era atravesado por las ideas de democracia y federación, y cabe resaltar que la consecución de las reformas vino determinada por la democracia directa y la libertad de expresión, que permitió, entre otras cosas, la manifestación de todo tipo de opiniones. Los objetivos de las políticas no eran otros que el derecho al trabajo, la educación gratuita y libre, además de obligatoria y laica, el libre acceso a la justicia o el establecimiento de un sistema recaudatorio y solidario.

Muchas de las medidas correspondían al momento. El asedio del ejército de Prusia causó el cierre de muchas industrias, aumentando el desempleo. Con el fin de paliar aquel mal, se suprimieron las empresas de trabajo temporal y se crearon oficinas de empleo en los distintos distritos; allí, los trabajadores señalaban su oficio y los empleadores sus necesidades. Asimismo, se redujeron las jornadas de trabajo para mejorar las condiciones laborales, se establecieron salarios mínimos, se igualaron los sueldos de hombres y mujeres, se crearon comedores sociales y guarderías para los hijos de trabajadores para compatibilizar las horas familiares con las del trabajo, se eliminó la explotación infantil y se llevaron a cabo mejoras en lo que se refiere a la producción y la distribución. En cuanto al consumo, fueron cooperativas las encargadas del suministro de bienes. Además, tanto la *Imprimerie Nationale* como la *Manufacture des Tabacs* comenzaron a ser gestionadas por sus trabajadores, y el delegado de la Comisión de Trabajo, Léo Fränkel, generalizó la propuesta de la *Union des Femmes*, la cual abogaba por la reapertura de talleres abandonados con el fin de dar trabajo

a las mujeres. Esta iba de la mano al Decreto del 16 de abril, según el cual se expropiaría talleres y fábricas abandonados y se entregaría a asociaciones de obreros[155].

Por otro lado, más de 30 años antes de las leyes de 1905 que dictaban la separación entre Iglesia y Estado, la Comuna estableció la laicidad. En otras palabras, se eliminó el presupuesto dedicado al culto, se nacionalizaron los bienes de la Iglesia y se impuso la obligación de acoger, en las parroquias, a las asambleas ciudadanas. Hospitales y servicios de asistencia pública fueron secularizados, y la educación fue competencia solo del Estado[156].

La desigualdad entre hombres y mujeres era otro de los aspectos claros de la época y, a pesar de que no hubo debates sobre el sufragio femenino, como si los hubo en Inglaterra, se establecieron una serie de reformas que supusieron un avance para la igualdad. Así, la prostitución fue condenada, los hijos nacidos fuera del matrimonio fueron reconocidos y se otorgó el derecho a una pensión alimenticia para mujeres separadas[157].

En lo que a la justicia se refiere, su administración cambió bajo el principio democrático del libre acceso. Se nombraron jueces de paz y de instrucción —muchos se habían ido con Thiers a Versalles—, y el propósito final era que la justicia fuera gratuita y que la judicatura completa fuera elegida por sufragio universal, al igual que los notarios. Se trató, además, de llevar a cabo mejoras en los derechos de los presos y las condiciones de los presidios.

En Cartagena, muchas de las reivindicaciones históricas del movimiento obrero se reflejaron en los acuerdos. El día después de la formación de la Junta, se publicó un manifiesto en el que se preveía la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas y se desarrollaba el derecho al trabajo. Además, alineado con el socialismo proudhoniano, también se establecía la creación de "cooperativas de producción y consumo", como en la Comuna. Los bancos de intercambio de productos entre municipios y cantones también eran constatados, lo que, según los creadores, permitiría al trabajador "vivir sin la mediación del capital" (artículos 26 y 27). Aunque la implantación de "jurados mixtos para resolver sin apelación las contradicciones entre las clases capitalistas y las obreras" (artículo 15), que ya había sido apoyada por Fernando Garrido o Pi y Margall desde la década de 1860, ha sido

[155] Ibid., pp. 103-4.
[156] Ibid., p. 105.
[157] Ibid., p. 108.

considerada como un asunto menor, cabe resaltar que era una medida asumida por los internacionalistas en las huelgas. Se contempló la prohibición del trabajo infantil a menores de 14 años, así como el de las mujeres "en los establecimientos industriales donde trabajan los hombres", evitando, según los sindicalistas y socialistas del momento, una competencia de los bajos salarios femeninos[158].

Más allá de las reformas laborales, el manifiesto de la Junta resulta un ataque claro contra la propiedad individual, pues establecía la abolición de la esclavitud sin indemnización para los propietarios, así como la devolución de los bienes considerados como "ilegalmente enajenados" por la desamortización a los municipios. Además, "serán más ampliamente expropiados a cambio de indemnización y "por razones de utilidad común, los montes, pastos y prados que deben pasar a ser propiedad de los municipios""[159]. Cabe destacar, a su vez, la previsión del establecimiento de una educación primaria gratuita y obligatoria y la fundación de "instituciones de solidaridad pública" ligadas a un "derecho de vida"[160]. Por otro lado, se implementaron reformas económicas como la supresión de impuestos directos, consumos o estancos. Se llegó a establecer empréstitos obligatorios para asegurar la subsistencia de los cantones. En Cartagena, además, se acuñó moneda[161].

Otro de los puntos que cabría destacar es el del papel de las mujeres. Desacreditadas, consideradas inferiores intelectualmente, las mujeres no tuvieron derecho a voto ni fueron representadas en el Consejo de la Comuna. Sin embargo, en abril de 1871 se creaba la *Union des femmes pour la défense de Paris et les soins aux blessés*, una de las organizaciones más efectivas de la Comuna. La idea a corto plazo era la de defender París contra las tropas de Versalles; a largo plazo, desarrollar la igualdad social y económica de las mujeres, así como su independencia. La *Union*, establecida por Nathalie Lemel y la joven Elisabeth Dmitrieff dos semanas después de la proclamación de la Comuna, reflejaba la experiencia y el estudio que esta última había tenido en Rusia, Suiza e Inglaterra para llegar a analizar la complejidad de las mujeres obreras de París. La *Union* consideraba que el triunfo revolucionario requería de la participación integral de las mujeres, no solo por la demanda de defensa de la ciudad sitiada, sino también por la emergente nueva sociedad: "La Comuna, representativa de la proclamación de la aniquilación de todo privilegio, toda desigualdad, debería

[158] Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, pp. 93-4.
[159] Ibid., p. 94.
[160] Ibid., p. 95.
[161] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, p. 345.

simultáneamente tener en cuenta las demandas de toda la población, sin distinción de sexo"[162]. Pero no fue la única *communarde* feminista: cabe destacar a Louise Mitchel o a André Léo, creadora del periódico *La Sociale* para influenciar la política revolucionaria y el feminismo socialista. Fue una de las que apoyó la idea de defenderse contra el enemigo. La mayoría de la lucha de las mujeres ocurrió en la semana sangrienta, cuando las tropas de Versalles penetraron en la ciudad, aunque anteriormente también existieron mujeres armadas, formando parte de la Guardia Nacional masculina, en muchas ocasiones como una extensión de su rol como cocineras o enfermeras[163]. Junto a los nombres citados podría mencionarse a Marguerite Diblanc, Eulalie Papavoine, Marie Guyard, Paule Mink, Anne Jacklard o Blanche Lefebvre. Todas lucharon por sus avances y por la defensa de la Comuna. No se ha de olvidar, empero, que muchas de las mujeres que lucharon por sus avances eran anónimas.

La Comuna otorgó un contexto en el cual las mujeres podían salirse de los roles delimitados y comenzar a remarcar las desigualdades. Sin embargo, debido a ello, se enfrentaron a duros juicios basados no solo en su género, sino también en su clase. Las críticas hacia la Comuna más extendidas por la literatura *anti-communard* se centraban en el activismo femenino y en las figuras de las *pétroleuses*, sobredimensionadas por los críticos del levantamiento.

Si se observa la situación en Cartagena, a pesar de haber tan solo 41 mujeres de las 1534 personas (el 2,6%) contabilizadas que se exiliaron debido a la represión y que muchas se marcharon a causa de los bombardeos de la ciudad, la importancia en la labor de resistencia fue palpable. El corresponsal del *Times*, que en un comienzo bromeaba con el tiempo que se tardaría en formar un "cuerpo de amazonas" —otra prueba más de lo influyente que fue esa retórica sobre las *pétroleuses*—, mostró cómo se saltó en diversas ocasiones la exclusión de mujeres armadas; el 26 de noviembre admitió que "algunas mujeres habían cogido fusiles"[164], y el 27, cuando llevó a cabo una descripción de las mujeres que se refugiaron de las bombas, señaló que algunas permanecían "tan tranquilas y valientes como cualquier hombre, y algunas de las cuales he visto que se paseaban bajo el fuego con fusiles"[165]. Finalmente, con la evacuación de los "no combatientes", los

[162] Carolyn J. EICHNER, *Surmounting the Barricades. Women in the Paris Commune*, p.72.
[163] Ibid.
[164] Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, p. 144.
[165] Ibid., p. 145.

rescatadores, asegura el corresponsal, iban con la idea de que "en Cartagena las mujeres andaban ahora por las murallas con fusiles y revólveres como los hombres, corriendo los mismos riesgos, y como ilustración práctica (…) una joven belleza (…) sacó un revólver del bolsillo y se jactó de haber disparado el día anterior el cañón más grande del acorazado Tétuan"[166]. No obstante, la iniciativa de las mujeres no es algo que brotó del cantón de Cartagena de la nada. A pesar de la poca actividad e iniciativa que podrían desempeñar, basta recordar a las mujeres republicanas obreras que participaron en manifestaciones contra el reclutamiento militar, como las mallorquinas obreras de la aguja que encabezaron la marcha en 1870 o como Isabel Vilá, conocida como Isabel *Cinco Horas* por su lucha a favor de la reducción de la jornada laboral infantil en las fábricas[167]. La invisibilización de las mujeres en las memorias de los cantonalistas respondería a un contexto en que las comparaciones con la Comuna no estaban bien vistas.

En ambos acontecimientos fue importante la intervención foránea. En el caso de la Comuna, es de sobra conocido el asedio del ejército prusiano, que resultó en una de las causas del estallido de la insurgencia. A Bismarck le interesaba la inestabilidad de París (y por tanto de Francia), y una guerra civil le contentaba, por lo que fue entregando al ejército francés a plazos para mantener viva esa guerra interna. En el caso español, contamos con la sombra de la experiencia parisina, por lo que el temor de las potencias extranjeras a que se desarrollara y extendiera otra "Comuna" era muy grande. Las cancillerías europeas predijeron inestabilidad en la Primera República española, solo reconocida, como se ha mencionado anteriormente, por Estados Unidos y Suiza. Los británicos, aliados de Portugal, planeaban intervenir en Portugal si el conflicto llegara hasta allí, y en Alemania, Bismarck se mostraba temeroso no solo del internacionalismo y del federalismo, sino de una España carlista, que llevaría, quizá, a una alianza entre españoles y legitimistas franceses. Como consecuencia de estos temores, el canciller envió, el 9 de marzo, tres buques de guerra hacia aguas españolas. Proclamado el cantón, Friedrich Karl fue enviado a Cartagena, y el 20 de julio, desde el Gobierno de Madrid se publicó un decreto que consideraba "piratas" los buques sublevados en la ciudad, autorizando, a las flotas extranjeras, su captura. El comodoro alemán Werner detuvo el barco Vigilante, comandado por Gálvez, porque "su bandera roja no estaba reconocida por el derecho internacional"; esto desató la cólera.

[166] Ibid.
[167] Julián VADILLO et al., *La rebelión cantonal en la I República. Los intentos de instaurar en España un estado federal*, pp. 169-79.

Aunque, después de negociaciones, se liberó a Gálvez, el vapor no fue devuelto. Aun así, ni británicos ni alemanes se responsabilizaron del suceso.

Sin embargo, no fue la única ocasión. El 28 de julio, cuando la flota cantonal fue a Cádiz con el fin de rescatar su cantón, intervino el comodoro Werner en nombre de "la protección de los extranjeros en Málaga", y con mirada cómplice de Ward, el capitán británico, detuvo a los barcos Almansa y Vitoria. Pese a que estas intervenciones parezcan superficiales, el propio corresponsal del *Times* señaló que, sin ella, "los intransigentes habrían completa y fácilmente dominado toda la costa española desde Barcelona a Cádiz, y habrían probablemente llevado su partido al poder en Madrid"[168].

Por último, cabría llevar a cabo un pequeño repaso para con la represión en ambas ciudades.

El Gobierno de Versalles buscaba por todos los medios que Prusia acelerara la devolución de los soldados franceses que habían sido hechos prisioneros tras la batalla de Sedán. Este fue el punto clave del desarrolló de los acontecimientos. Conforme Bismarck entregaba a Versalles las tropas, administrándolas paulatinamente, la actitud de Thiers cambiaba. Pasó de un planteamiento conciliador a uno duro y directo. El 3 de mayo, los versalleses tomaron un reducto de Moulin-Saquet; el 9, el fuerte de Issy; el 14, el fuerte de Vanves; el 21, se abrieron paso por el interior de París.

El principal resultado de la entrada de las tropas de Versalles en París fue la conocida como la "semana sangrienta" de la que tanto se ha escrito y hablado. Ejecutaron, al avanzar, a miles de ciudadanos. En los barrios ricos de París hubo una débil resistencia; en los obreros, por el contrario, existió una lucha encarnizada, en la que participaron mujeres y niños. Hasta después de ocho días no cayeron los últimos defensores de la Comuna. Lo que sigue es harto conocido: la matanza de hombre desarmados.

El 22 de mayo los de Versalles tomaron los distritos XV y XVI, el 23 la colina de Montmartre. Muchos *communards*, previendo la derrota, decidieron incendiar edificios que simbolizaban todo contra lo que luchaban: la Ópera y, en especial, el Palacio de las Tullerías, símbolo del Antiguo Régimen. El incendio se propagó al Palacio de Orsay, la Prefectura de la Policía, el Palacio de Justicia, la Biblioteca del Louvre, etc. Algunos verían la posibilidad de la completa destrucción de la ciudad, porque consideraban que cualquier cosa era mejor

[168] Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, p. 43.

que entregársela a Thiers. Lissagaray insistió en que era mejor incendiar sus propias casas antes que ofrecerlas a los enemigos, y Louis Michel proclamó que "París será nuestra o no existirá"[169]. El 24 de mayo gran parte de la ciudad ardía y la lucha se trasladó al este, cerca de la casa de Edmond de Goncourt.

Desde Versalles, Thiers proclamó: "Somos gente honesta… El castigo será ejemplar, pero se dará dentro de la ley, en nombre de las leyes"[170], lo que no fue cumplido, pues la represión fue inhumana. Murieron más personas en estas semanas sangrientas de mayo que en cualquiera de las batallas de la Guerra franco-prusiana o que en cualquiera de las anteriores "masacres"[171].

Las tropas que entraban en París dispararon aquí y allí a los *communards*, en parte cegados por el odio hacia ellos (un odio que había crecido con el incendio de las Tullerías). La tensión y el miedo a que aparecieran nuevos defensores o tiradores en las ventanas hizo que los soldados fueran todavía más duros, disparando a la gente que encontraban independientemente de si oponían resistencia o no. Así, en rue Saint Honoré, las tropas encontraron a 30 soldados de la Guardia Nacional escondidos en una tienda; habían tirado las armas y se habían vestido con monos de trabajo, pero eso no les salvó: fueron llevados a una zanja y fusilados. En el parque Monceau 15 hombres y mujeres fueron fusilados, y cuando el ejército llegó a la plaza Vendôme, la columna caída no hizo sino avivar el odio y la represión: 30 personas fueron fusiladas allí. En la iglesia de la Magdalena, mataron a disparos a 300 *communards* que se habían refugiado en ella.

Los *communards* trataron de sobrevivir y pasar desapercibidos, escondiéndose donde pudiesen. Sin embargo, los chivatazos se sucedieron y muchos informaron a los soldados de dónde se escondían los insurrectos. Tres mujeres fueron fusiladas porque se encontraron pantalones de la Guardia Nacional en su casa; un peletero de la rue des Martyrs fue ejecutado porque había invitado al periodista Felix Pyat a su casa unos meses antes y, cuando su mujer protestó, ella también fue ejecutada. En place du Trône, "los soldados vieron una luz en una de las casas y fueron allí para descubrir a dos ancianos bebiendo té. Fueron disparados sin razón alguna"[172]. Los heridos fueron rematados en las barricadas o en los hospitales, los cuales estaban repletos. En el Barrio Latino 700 defensores fueron asesinados.

[169] John MERRIMAN, *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, p. 158.
[170] Ibid., p. 160.
[171] Kristin ROSS, *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, p. 22.
[172] John MERRIMAN, *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, p. 161.

El 24 de mayo, la Comuna solo controlaba unos pocos barrios del este de la ciudad. Finalmente, las últimas barricadas fueron reprimidas y tomadas. El 27 solo quedaban unos pocos líderes de la Comuna, y fueron pronto derrotados. Se produjo la batalla en el cementerio de Père Lachaise, en cuyo Muro de los Federados se consumó el último asesinato en masa a 147 *communards*. Se terminó toda resistencia[173].

Sin embargo, la represión no terminó en ese momento; continuó los días siguientes, y en ella destacó el general Gastón de Gallifet, conocido como "massacreur de la Commune". Cuando vio una columna de prisioneros, Gallifet señaló que se separara a aquellos que tuvieran "los cabellos grises", y posteriormente fueron fusilados; por su edad podían haber actuado en la Revolución de junio de 1848[174].

Evidentemente, la represión hacia el cantón de Cartagena fue de menor envergadura, así como la resistencia y la quema de edificios. Hasta agosto, el cantón trató de extender la sublevación a partir de expediciones marítimas, pero fue obstaculizada, como se vio, por la intervención extranjera. El gobierno central no necesitó inyección alguna de tropas. Se dio carta blanca a los oficiales conservadores, que utilizaron artillería pesada[175].

Las noticias de las rendiciones de otros cantones se sucedían, pero Cartagena se mantuvo en pie, gracias, sobre todo, a sus fortificaciones inexpugnables. Eso hacía, por otro lado, que se mantuviera aislada. Al igual que en la Comuna, los defensores de la ciudad se mostraron "decididos a una defensa extrema", como señaló el cónsul de Francia, De Varieux, el 21 de agosto. Martínez Campos, por su parte, hizo notar la capacidad y rapidez con la que el Cantón se recuperó de la derrota de Chinchilla. Voluntarios de otros cantones llegaron a Cartagena para ayudar en la defensa[176].

Tras las elecciones de una nueva junta el 8 de noviembre, los elementos defensores trataron de hacerse de nuevo con el control de la situación. En vano, pues algunas personalidades como Roque Barcia alegaron que había que usar la razón, y militares traicionaron a sus compañeros al llegar a un acuerdo con el general centralista Ceballos; los cuatro traidores fueron aprisionados.

[173] John MERRIMAN, *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*.
[174] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, p. 125.
[175] Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*.
[176] Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, p. 53.

El gobierno, incapaz de acabar con el Cantón desde dentro, procedió a bombardearlo desde fuera. El 26 de noviembre se bombardea la plaza, y desde ese momento no va a parar durante los siguientes 47 días, sin importar las viviendas o los civiles. El 6 de enero, explota el parque de artillería de Cartagena. Aunque no se puede descartar la posibilidad de una intención, lo más probable es que fuera causa del fuego enemigo. Entre 300 y 400 personas fallecieron en la explosión. Finalmente, cuando el 11 de enero, el gobernador del Castillo de la Atalaya traiciona a los demás vendiendo el acceso a los atacantes, se envía una embajada para la negociación de la rendición.

5. BLANQUI Y BARCIA

Tras el acercamiento a los antecedentes y la comparación entre las características de ambos hechos, y a fuerza de comprender mejor su naturaleza, se llevará a cabo otra comparación, esta vez entre el pensamiento de Auguste Blanqui y Roque Barcia.

Por supuesto, con esta equiparación no se pretende afirmar que ambas ideologías fueran las únicas en sus respectivos países y momentos. De hecho, si algo se ha observado a lo largo de lo expuesto hasta ahora, es que el elemento sobresaliente en los dos acontecimientos no fue otro que el de la heterogeneidad. Así es: ni la Comuna fue únicamente blanquista, ni el Cantón de Cartagena se guio en exclusiva por las ideas de Barcia.

El caso francés es el más diáfano; la insurgencia resultó la cristalización de una serie de ideologías que venían desarrollándose desde mediados del siglo XIX. La divergencia entre ideologías iba de la mano de la diferente composición de las clases trabajadoras. Quedaba lejos la amalgama indivisible de ideales incipientes y superficiales de comienzos de siglo, cuyo mayor nexo no fue otro que el enemigo en común, a saber, los monarcas absolutos, y cuya existencia se desplegó en la hermandad insurreccional secreta —siendo la de los carbonarios la más conocida— o en el babuvismo. Después, ya en la década de los 30, surgiría la clase trabajadora como fuerza política independiente en el país, así como los movimientos nacionalistas en muchos países, y en 1848, con la oleada revolucionaria, afloraron los primitivos comunistas. En general, las distintas ramas de los socialismos utópicos —Fourier, Saint-Simon, Cabet, etc.— no se interesaron tanto en la agitación

política, aunque los fourieristas sí tuvieron importancia como dirigentes de las clases trabajadoras en 1848[177].

Lo más importante en el movimiento histórico del pensamiento revolucionario decimonónico francés es el desarrollo de la propia clase trabajadora y su autopercepción como clase. Ya en la década de 1840 Alexis de Tocqueville advertía, a la cámara de los diputados, que la clase trabajadora estaba gradualmente formándose opiniones e ideas destinadas no solo a cambiar esta o aquella ley, este o aquel gobierno, sino la sociedad entera[178]. Esto se debía, por un lado, a las sociedades republicanas con programas radicales que habían emergido desde los años 20 y 30, y por otro a la emergencia de escritores entre 1820 y 1848, muchos de ellos filósofos, quienes, a partir de la experiencia jacobina, establecieron ideas del socialismo utópico. Los trabajos más influyentes fueron los de Saint Simón y Fourier sobre sociedades industriales planeadas; los sueños primitivo-comunistas de Etienne Cabet sobre la Utopía de Icaria; los escritos de Pierre Leroux sobre socialismo; la *Conspiración de los Iguales* de Buonarroti, basada en la conspiración de Babeuf de 1792; *La Organización del trabajo* de Louis Blanc, cuyo modelo fue tomado para los Talleres Sociales, o *¿Qué es la propiedad?*, de Proudhon, un manifiesto fundacional del anarquismo[179].

Aparte de la creación de aquellas obras, que definitivamente influyeron en la sociedad, cabe señalar, como ya lo hiciera Edward P. Thompson para el caso inglés, que los obreros lograron la autopercepción "a partir de la experiencia compartida en la vida cotidiana y en la lucha por mejorar sus condiciones"[180].

En la Comuna de París —y en los años anteriores—, el protagonismo ideológico en la clase trabajadora lo obtuvieron el proudhonianismo y el blanquismo, y la principal diferencia entrambos era que el primero se oponía a la existencia del Estado, independientemente de quién lo controlara, y a la violencia. También se distinguió una suerte de neo-jacobinismo y, por supuesto, el internacionalismo, aunque este último apenas tuvo influencia.

---

[177] Eric HOBSBAWM: *Trilogía eras: La Era de la Revolución 1789-1848, La Era del Capital 1848-1875, La Era del Imperio 1875-1914*, Barcelona, Editorial Crítica, 2014.
[178] George RUDÉ: *Ideology and Popular Protest*, The University of North Carolina Press, 1995, p. 118.
[179] George RUDÉ, *Ideology and Popular Protest*.
[180] Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*.

De la misma manera, ni todos los cantonalistas siguieron fervientemente las ideas de Roque Barcia, ni el levantamiento fue un nido de anarquistas e internacionalistas. Aunque podemos clasificar a la insurrección dentro del marco del republicanismo intransigente, el marco es abstracto y poco delimitado, y como ya sucedió en París, unas ideologías compaginaban con otras, por lo que podemos hablar de un grupo heterogéneo de republicanos federales, algunos de los cuales tenían mayor conciencia de clase.

No se trata de ver a las ideologías como *superadoras* de las anteriores, sino más bien de observar la compatibilidad entre unas y otras, así como su reciprocidad.

Antes de enfrentar a los autores y sus respectivas ideas, resultaría conveniente emprender un pequeño resumen sobre su vida. Al fin y al cabo, ninguno de los dos logró ser un teórico de primer orden, y la importancia de lo que escribieron debe ir, en todo momento, ligada a su fuerza como personajes históricos.

5.1. VIDAS REVOLUCIONARIAS

Si para Hegel Napoleón era la razón a caballo, podría señalarse que, desde una óptica también hegeliana, Blanqui fue la propia historia *haciéndose*. Después de militar, cuando era adolescente, entre los carbonarios, Blanqui preparó en 1828 una expedición de ayuda para el levantamiento griego, pero se abortó. Participó en la Revolución de 1830 y fue opositor tanto de la monarquía borbónica como del régimen orleanista.

Tras ser condenado por una revuelta —"Se me acusa de haber dicho a treinta millones de franceses, proletarios como yo, que tenían el derecho de vivir. Si esto es un delito creo que, cuando menos, debería responder de él ante hombres que no fueran a la vez jueces y parte en la causa"[181], señaló Blanqui a los señores del jurado en el proceso a la "Sociedad de amigos del pueblo"—, en 1834 se vio envuelto de nuevo en otra. En 1839 organizó una insurrección contra el Palacio de Justicia, lo que le valió la pena de muerte, aunque finalmente sería conmutada por cadena perpetua. Intentó escapar en 1842, y en 1844, al serle diagnosticada una enfermedad grave, se aconsejó su libertad y lo trasladaron a Tours; allí se recuperó y consiguió ganar adeptos a su causa, lo que resultó de gran importancia en la Revolución de 1848. Fue castigado con una pena de diez años. Es en este contexto en el que

[181] *Blanqui y los consejistas*, Colección Socialismo y Libertad, 1915.

sucedió la polémica del documento Taschereau, cuyo nombre se debe a su redactor, Jules Taschereau, abogado. En manuscrito se señalaba que un prisionero habría dado información sobre las sociedades secretas que conspiraron en 1839. Blanqui negó rotundamente estas acusaciones, alegando calumnias y poniendo el dedo acusador en el gabinete de Guizot. Aunque este asunto parezca baladí, se utilizaría por sus enemigos (en especial, Barbès) el resto de su vida, teniendo un fuerte impacto en la percepción hacia él. En 1859, cuando fue liberado, otras actividades subversivas lo devolvieron a la cárcel en 1861. Cuatro años después, se fugó, escapando al extranjero y volviendo en 1869 debido a la amnistía general. En 1870, en el contexto de la proclamación de la tercera república tras la capitulación de Napoleón III en Sedán, Blanqui creó el club *La patrie en danger*. Lideró, además, el movimiento popular del 31 de octubre de 1870. Cuando organizó un atentado contra el jefe de Estado, fue atrapado y encarcelado, por lo que no pudo formar parte de la Comuna de París, a pesar de que Benjamin Flotte, su amigo, insistió a Thiers para liberarlo a cambio de liberar los rehenes que tenían, entre los que se encontraba el padre Darboy. Coincidiendo con la Semana Sangrienta, Blanqui fue trasladado a Morlaix, a Château du Taureau, donde se interesó por la astronomía y escribió *La eternidad a través de los astros*. Fue juzgado en febrero de 1872 y condenado por sus actos de 1870 a la deportación, aunque la pena se conmutó por cadena perpetua. Internado en Claraval y sobreviviendo en contra de los pronósticos médicos (sufrió un edema cardíaco), fue para muchos un "republicano firme" (Clemenceau) que debía ser liberado, y esta presión alcanzó algo de popularidad. Y no solo eso: en las sucesivas elecciones aparecían colegas del insurgente para presentar su candidatura a su favor. Esta idea fracasó en ciudades como Lyon, Marsella o Roanne, pero en abril de 1879 consiguió ser elegido como diputado por Burdeos. Tanto Clemenceau como Louis Blanc apoyaban su liberación. Sin embargo, su elección fue anulada por la Asamblea Nacional. No fue hasta el día 10 que Blanqui consiguió la libertad bajo el indulto de un decreto presidencial de Jules Grévy. Después de perder las elecciones de Burdeos —en buena parte por los ataques de Antoine Achard, quien hizo uso de las acusaciones del documento Taschereau—, luchó a favor de la amnistía de los comuneros. Difundió sus ideas en *Ni Dieu ni maître*. Murió el 1 de enero de 1881[182].

Que pasara gran parte de su vida en prisiones no significa que desde allí no contribuyera a la lucha que defendía: "desde el interior de su celda, declaró la guerra

[182] José María DE LUELMO JAREÑO, "Il n'y a pas de progrès. Vueltas y revueltas de Louis-Auguste Blanqui".

callejera, organizó barricadas, ordenó y publicó las *Instrucciones para una toma de armas*, etc."[183]. Además, aprovechó sus largas estancias encerrado para escribir teorías políticas, reflexiones o vivencias respecto de la actividad revolucionaria, creando obras y clubes como las ya mencionadas *Instrucciones* (1866), *La patria en Peligro* (1871), *La crítica social* (publicada en 1886, póstumamente) o *La eternidad a través de los astros* (1872)[184]. Asimismo, en 1880 creaba el periódico *Ni Dieu ni Maître* (Ni Dios ni Amo), título que terminaría convirtiéndose en lema anarquista.

Blanqui representa, en verdad, la figura revolucionaria *par excellence*, algo difícil de rebatir si se tiene en cuenta el llamativo hecho de que, de sus 76 años de vida, pasó más de 37 en la cárcel. Fue un personaje plenamente decimonónico: vivió, como Thiers, el primer Imperio, la Restauración, la Revolución de 1830, la Monarquía de Julio, la revolución de 1848, el Segundo Imperio y la Comuna de París, aunque no estuvo presente en esta.

Las sociedades secretas que hemos mencionado antes, las cuales se extendieron por Francia durante la década de 1830, "ofrecieron a Blanqui el marco en que encuadrar su rebeldía"[185]. Se inició en la secta de los carbonarios, pero posteriormente formó parte de casi todas las más importantes del momento, y fundó algunas de ellas: Amigos del Pueblo, Sociedad de las Familias o Sociedad de las Estaciones. Esta última es conocida porque fue desde la cual Blanqui y Barbès prepararon un intento para derrocar al gobierno en 1839.

Blanqui no era un ser aislado, adelantado a los demás; era la propia representación del movimiento obrero francés, que a lo largo de los 40 años transcurridos entre la Monarquía de Julio y la Comuna fue afirmándose en su lucha contra la burguesía: "Nadie mejor que Louis-Auguste Blanqui simboliza esta continuidad en el esfuerzo y esta constancia en el sacrificio. Iniciado en la lucha cuando era casi un adolescente, todavía en 1880 funda un diario cuyo título muestra el espíritu combativo del anciano: *Ni Dieu ni Maître*"[186].

L'Enfermé (El encerrado), como lo llamaban sus compañeros, refleja una figura que interesa por la confluencia entre la tradición republicana de 1789 y las nuevas ideas. Aunque prevalezca, en sus escritos, el espíritu jacobino heredado de Babeuf, y aunque no se pueda hablar de "comunismo" —pues su socialismo ni siquiera entraría dentro de las fórmulas del socialismo utópico de la primera mitad del siglo XIX—, no es menos cierto que representó,

[183] Louis-Auguste BLANQUI: *La eternidad a través de los astros*, p. 16.
[184] José María DE LUELMO JAREÑO, "Il n'y a pas de progrès. Vueltas y revueltas de Louis-Auguste Blanqui".
[185] François-Noël BABEUF et al.: *Socialismo premarxista*, Madrid, Tecnos, 1998.
[186] François-Noël BABEUF et al.: *Socialismo premarxista*, p. 145.

mejor que nadie, las reivindicaciones de la clase obrera, así como las posibilidades reales de llevarlas a cabo.

En lo que respecta a Roque Barcia, su vida no fue para nada tan caótica o insurgente. Transcurrió la niñez y la juventud en Huelva, y después se casó con la heredera de una familia burguesa, por lo que su futuro, económicamente hablando, estaba resuelto. En julio de 1854, y coincidiendo con la revolución que pondría fin a la Década Moderada, apareció el primer texto político firmado por él, una hoja volante que llevaba por título *¿Qué haremos?*, que, a pesar de no haber llegado a la madurez de sus ideas, era muy significativo, ya que se aunaban el espíritu político con la actitud crítica. Al volver de Europa publicó *El Progreso y el cristianismo*, el cual fue prohibida en 1859 por sus opiniones para con la religión y la política, ya que criticaba el catolicismo. Lo más probable es que se hallara dentro del círculo progresista-demócrata sin llegar a abrazar las ideas republicanas, pues la separación del progresismo y la democracia desde 1849 era bastante ambigua[187]; poco después llevó a cabo una transición de progresista demócrata al antimonarquismo. En la primavera de 1855, en el contexto del debate constituyente, vio claro que la revolución "no se encaminaba a sus fines propios". Después de tres meses silente, se presentó como "escritor público demócrata, republicano y federal, con el objetivo explícito de trabajar por la difusión de la doctrina demócrata y de la república"[188]. Es en este contexto en el que lleva a cabo *La verdad y la burla social* (1855) y *Catón político* (1856), dos diálogos entre lo que *debe ser* (república) y *es* (monarquía). Además, ya por esas fechas estaba convencido de que los progresistas caerían tarde o temprano con Espartero, dando fin al partido. Emprende, además, una crítica a los diferentes partidos: el partido moderado, "avaro, exclusivo y ambicioso, contaba con el favor de los grandes poderes: la Iglesia, la reina, el ejército, los capitalistas y los hombres de negocio (…) el partido progresista, "inseguro, perezoso, débil, aspira á (sic) ser héroe sin tener valencia""[189]; y también se muestra duro con el partido demócrata, que lo considera elástico, negociador y que "fía demasiado a las revoluciones que se propalan en el café". Además, todas las críticas mencionadas coinciden con el despliegue intenso de una labor publicista que no abandonaría hasta 1874; solo entre 1855 y 1856 creó *Cuestión pontificia*,

[187] Para profundizar en el nacimiento y desarrollo del partido demócrata es recomendable el trabajo de Antonio Eiras Roel: *El Partido Demócrata español*, Ediciones 19, 2015.
[188] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, pp. 101-2.
[189] Ibid., pp. 104-5.

La verdad y la burla social, *Filosofía del alma humana*, *Catón político*, la segunda edición de *Generación de ideas*, y colaboró en las revistas *La Razón* y *La Europa* y dirigió el periódico *La Voz del Pueblo*, de tinte socialista, con colaboradores de la talla de Fernando Garrido y Pi y Margall. Su vida política comenzó, en realidad, cuando escribió para *La Democracia*, desde donde alentó al Partido Demócrata; allí alcanzó gran popularidad con sus artículos, algo que se repetiría a lo largo de su vida.

En cuanto a las fuentes en las que basaba su pensamiento, apenas habría referencias, aunque sí es posible encontrar citas de escritores como Martine Marina, Bossuet, Lacordaire, Víctor Hugo, Chateaubriand o Antonio Capmany, aparte de la obra de Cesare Cantù o la de los católicos san Pablo, san Bernardo o Santa Brígida. Tras publicar *El cristianismo y el progreso* (1858) y llevarse a cabo la prohibición de esta, Barcia comenzó a adquirir el aura de mártir que le acompañaría con posterioridad.

Entre 1859 y 1864 emprendió una vuelta al mundo literario, alejándose de la propaganda política: dirigió, ayudado por Miguel Vicente Roca, el semanario *El Teatro Español* (1859), formó parte de *La América y La Discusión* y publicó *Un viaje por París* y *Sinónimos castellanos* (1863-1865), otorgándole algo de notoriedad como lexicógrafo; sin embargo, cosechó completos fracasos en la dramaturgia, por lo que en 1864 volvió a la esfera política, siendo redactor del diario *La Democracia*, dirigido por Emilio Castelar, donde expuso sus ideas demócratas y combatió el socialismo. En Cádiz fundó *El Círculo Demócrata Andaluz* (financiado por Manuel Francisco Paúl y Picardo) y, a causa de sus ideas anticlericales, el "Apóstol de la Democracia Española" (sobrenombre por el cual se le conocía) fue excomulgado por el obispo, lo que inició una polémica entre el periodista y el prelado, dando lugar a la obra *La Teoría del infierno*. Debido a la insurrección de junio de 1866, se llevó a cabo contra él un acto de prisión, y la policía allanó su hogar, en especial al ver que Barcia había huido a Portugal tras los sucesos del 22 de junio —la tentativa revolucionaria sofocada por O'Donnell—; no volvió hasta la revolución gloriosa de 1868.

Su producción en esta época resulta apabullante: en cuestión de unos pocos meses publica *El evangelio del pueblo* y *Teoría del infierno o la ley de vida*, en 1869 *Cartas a Su Santidad Pío Nono, Conversaciones con el pueblo español*, *La revolución de la Iglesia en España, Cartilla política dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo*, el manifiesto *Dios salve al país! Dios salve al Rey!* y funda el periódico *La Federación Española*; allí defendió las ideas republicanas. Ya en 1870 —año en el que nace su hijo

Roque— aparece *La revolución por dentro, o sea, la República Federal explicada por ella misma*, *Manifiesto á la nación*, *El Papado ante Jesucristo*, *Otro emplazamiento papal*, *El estamento de los reyes* y *Ahora ó nunca! Rumores interiores*[190]. Formó parte del Comité republicano creado en Madrid, y firmó, con Garrido, el manifiesto según el cual el Estado Federal era el mejor sistema. Fue diputado por el Partido Republicano Federal en marzo de 1870, pero lo arrestaron tras ser acusado de participación en el asesinato de Prim; estuvo en prisión hasta agosto. Colaboró, asimismo, en publicaciones republicanas como *La Igualdad*, la *Revista Federal*, *La Ilustración Republicana Federal*, el *Anuario republicano federal*, etc. En la elección de septiembre de 1872, Barcia fue senador del Partido Republicano, y fundó el periódico *La Justicia Federal*. Presidió, además, el "Comité de Salud Pública", opuesto al gobierno y desde el cual propulsó y promovió el alzamiento. El 28 de julio llegó a Cartagena junto con Antonio de la Calle para ponerse en cabeza de los insurgentes, así como del periódico oficial de la Federación, *El Cantón Murciano*. Fue presidente del gobierno provisional del cantón, además de vicepresidente de la Junta Soberana de Salvación Pública. En los artículos señalaba que la base del levantamiento era la Humanidad y la salvación de España de los enemigos —monarquía y frailes—, y llevó a cabo una férrea defensa de la propiedad y la familia, con una visión de la justicia según la cual al ladrón debía amputársele una mano en presencia del pueblo. Con la caída del gobierno de Castelar y el golpe de estado de Pavía, la ciudad sufrió un duro bombardeo por las tropas del general José López Domínguez, y como consecuencia Barcia firmó la capitulación, verificada el 13 de enero de 1874. Previo a su huida, Barcia escribió un manifiesto justificando la derrota, pretextando todo bajo la idea de una España atrasada en la que era imposible la interiorización de los conceptos de la República, la Democracia y la Libertad, y, por tanto, la culminación de dicha empresa debía dejarse para el porvenir. Una vez llegó a Francia, pasó unos años dedicado en exclusiva a las tareas literarias, y cuando volvió al país ya no retomó la política. Así, pasó sus últimos años dedicado a la filología, y murió pobre y casi olvidado[191].

Como se puede apreciar, las diferencias respecto a sus biografías saltan a la vista: Blanqui tuvo una vida mucho más ajetreada, por su espíritu revolucionario férreo y anómalo, pero también debido a las propias características del siglo XIX francés y a su tradición insurreccional. Aunque 1789 quede lejos de los acontecimientos de 1871, está claro que la

[190] Ibid., pp. 201-2.
[191] Jesús RODRÍGUEZ RUBIO, "Roque Barcia, su último manifiesto cantonal", *Anales de Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 217-225.

raíz de la primera revolución dejó una marca que reluciría con cada barricada del siglo siguiente. Barcia, por otro lado, vivió con mucha más tranquilidad, entre la literatura, obras filosóficas y críticas políticas, y fue con la controversia de sus textos y opiniones que comenzó a ligarse a su persona una especie de atmósfera de "mártir" popular.

5.2. PENSAMIENTO

En *Kafka y sus precursores*, Jorge Luis Borges señalaba, tras enumerar una serie de escritores antiguos en cuyo interior residía la idiosincrasia kafkiana, que "cada escritor crea a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro"[192]. De la misma forma que el pasado influye en el presente, ocurre lo contrario; la memoria de algo, como esbozábamos en la introducción, no es nunca pétrea, fluye y cambia con el propio devenir y con cada concreto histórico. Blanqui ha sido un personaje controvertido cuyo recuerdo se muestra limitado por la posteridad, que lo redujo a antecedente del comunismo o se le englobó, como a otros tantos autores, en la concepción del pensamiento premarxista. Marx y Engels hicieron con los revolucionarios que los precedieron lo que Hegel hizo con los filósofos anteriores a él: amoldarlos a su sistema, creando, además, un canon. Es por ello que Blanqui se convirtió, de forma casi natural, en esclavo del socialismo científico que llegaría después, y muchos pensadores trataron de establecer un paralelo entre los dos. Eduard Bernstein sostuvo que ambos tenían una "predilección por la conjura y la violencia", mientras que los comunistas franceses pretendieron que "los dos estaban de acuerdo sobre dos puntos esenciales: el objetivo comunista y la dictadura revolucionaria"[193].

Aunque existan características comunes entre Blanqui y Marx, no son suficientes como para poder catalogar al primero de "marxista". Marx no estaba en contra de la conspiración en determinados contextos —rusia zarista o el bonapartismo—, pero en general lo consideraba un método inútil. Además, el agitador francés era, eso, un agitador, y no desarrolló un corpus teórico sistemático socialista. Consideraba que era más importante combatir el idealismo que las necesidades inmediatas de los trabajadores, y su materialismo se acercaba más al de Holbach que al de Marx[194]. Eso sí: no hemos de olvidar que, para

[192] Jorge Luis BORGES: *Borges esencial*, Barcelona, Alfaguara, 2017, p. 395.
[193] Samuel BERNSTEIN, *Blanqui y el blanquismo*.
[194] Ibid.

Marx, a pesar de las discrepancias que existían, Blanqui era "la cabeza y el corazón del partido proletario de Francia"[195].

Se podría defender que Blanqui supuso una figura clave como "putschista", en tanto en cuanto, a pesar de su ambigüedad, mostraba una clara predisposición por la conjura y la acción directa. Marx consideraba que ese tipo de revolucionarios "se adelantan al proceso del desarrollo revolucionario, llevándolo hasta una crisis de forma artificial, haciendo una revolución improvisando, sin las condiciones para ello"[196]. Sin embargo, según Walter Benjamin, Blanqui habría de situarse más bien entre los *habits noirs*, "esos impopulares competidores de los conspiradores de profesión"[197].

Muchas veces descrito como el hilo conductor entre Babeuf y el bolchevismo, Blanqui ocupa una posición peculiar en la historia de los revolucionarios. Rechazó el mutualismo de Proudhon, y se mantuvo en contra del republicanismo de Ledru-Rollin y Louis Blanc. Tampoco podría enmarcársele bajo la categoría de "socialista utópico" ni, como ya se ha señalado, bajo la del marxismo. Debemos considerarlo un personaje altamente influenciado por los aspectos más radicales de la Revolución Francesa, y por tanto debería definírsele más bien como neojacobino "comunista", un "militante político de la igualdad social"[198]. Otros consideran que Blanqui pertenecía a la "izquierda liberal, constitucional, patriótica y anticlerical"[199]. No solo criticó a los republicanos; también al fourierismo. No soportaba su insistencia sobre los apetitos —que según él reducía al humano a la condición de animal—, y no comulgaba con la teoría de la atracción personal —que reducía al humano al reino de los locos—[200]. Realmente, las ideas de Blanqui fueron mutando conforme la experiencia revolucionaria se iba dando, pues aquellas insurrecciones dotaban de experiencia a su pensamiento. Sea como fuere, lo que queda claro es que se trataba de un hombre de praxis y que su aspecto teórico era ciertamente ecléctico; algo que también podríamos decir de Barcia, aunque cabría definir su postura como una ubicada a medio camino entre el idealismo y el positivismo, y en la práctica como liberal católico.

---

[195] *Marx & Engels Collected Works*: Lawrence & Wishart, 2010, XLI.
[196] Walter BENJAMIN, *París, capital del siglo XIX*, p. 74.
[197] Walter BENJAMIN, *París, capital del siglo XIX*.
[198] Philippe LE GOFF: *Auguste Blanqui and the Politics of Popular Empowerment*, Bloomsbury, 2020.
[199] Michel WINOCK: *Les figures de proue de la gauche depuis 1789*, Perrin, 2019, p. 97.
[200] Samuel BERNSTEIN, *Blanqui y el blanquismo*.

5.2.1. Religión

Hombre profundamente creyente —al contrario que Blanqui—, Barcia consideraba que tanto su cristianismo como sus ideas políticas eran las verdaderas, y las enmarcaba dentro de su defensa de la democracia y el republicanismo. Estaba, de esta forma, alejado del dualismo marcado existente dentro de los modernos Estados-nación, que dividía religión y modernidad. No era algo nuevo. De hecho, se podría relacionar con el humanitarismo católico de Lamennais y Lacordaire, sumado a las interpretaciones del carlismo que se extendieron desde sectores del clero liberal. Todas estas influencias calaron en Barcia, así como en los liberales más radicales. José Ordax Avecilla, Sixto Cámara o Abdón Terrradas difundieron esta identificación entre libertad y Dios, por lo que no es de extrañar que personajes como Emilio Castelar señalaran, allá por la década de 1840, que "la idea democrática viene a levantarnos a una vida mejor, a esclarecer el alma, a realizar la verdad evangélica predicada a los hombres por Dios"; o que Fernando Garrido defendiera que "la República Democrática, Federal y Universal es la única institución verdaderamente cristiana"[201]. Esta postura se mostraba incompatible con las ideas de la Santa Sede, que no toleraba manifestaciones de la cultura moderna, lo que se vio reflejado en la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* de 1864, ratificado posteriormente en el Concilio Vaticano I de 1869-70. El choque entre las ideas "oficiales" de la Santa Sede y los pensadores liberales generó un clima de hostilidad y, en especial, una necesidad de aquellos pensadores de distanciarse de las creencias oficiales. Fueron considerados católicos liberales heterodoxos. En este grupo debemos enmarcar a Barcia quien, en 1868, publicaba *Teoría del infierno*, una suerte de respuesta a la excomunión recibida en 1866 por el obispo de Cádiz[202].

En *Teoría del infierno*, Barcia señala: "El bien, el placer, la alegría, el amor, la verdad, la virtud, la belleza, el trabajo, la creencia, la justicia, la gloria y Dios, representan el ser. El mal, el dolor la tristeza, el ódio (sic), la mentira, la relajación, la fealdad (…) representan la nada"[203]. Básicamente, lo que hace aquí el autor es unir, como ya lo hiciera Platón, el bien y la belleza al ser, pero mientras que el griego se centró en la relación entre lo bueno y lo bello y lo real, el español añadía la idea de Dios. Para él Dios está unido a lo bueno y lo justo, al

[201] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, "Anticlericalismo, cristianismo y democracia en la obra de Roque Barcia Martí", pp. 201-210.
[202] Sergio ESCOT MANGAS, "Roque Barcia: "Teoría del infierno o la ley de la vida"", en Xabier AGENJO BULLÓN, Rafael ORDEN JIMÉNEZ y Antonio JIMÉNEZ GARCÍA: *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español*, 2005, pp. 273-292.
[203] Roque BARCIA: *Teoria del Infierno, ó la ley de la vida*, Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, 1868, p. 17.

propio ser, naturalizándolo. El cristianismo sería una creencia natural, conforme al propio ser, pero el clero la habría manchado o pervertido, algo semejante a lo que aparecería en el relato del Gran Inquisidor contenido en *Los hermanos Karamázov*. Allí, Dostoyevski planteaba, mediante la historia ficticia situada en Sevilla, en la época de la Inquisición, esa misma idea. En el relato aparecía Jesucristo, entraba en la catedral y comenzaba a curar los males de los demás, hasta que el gran inquisidor ordenaba su detención, llevándolo a una celda. A la noche, el inquisidor lo visitaba en el calabozo y llevaba a cabo un soliloquio en el que se reía de Jesús y señalaba lo siguiente: "Les diremos que somos tus discípulos y que reinamos en tu nombre. Una vez más, los estaremos engañando, pues a ti ya no te dejaremos acercarte (…) Nunca podrán alimentarse sin nosotros. Ninguna ciencia les proporcionará pan mientras sigan siendo libres, pero al final depositarán su libertad a nuestros pies"[204].

Si para Barcia el bien está unido al ser y el mal a la nada, ¿cómo es que existen las desigualdades? Comienza argumentando que se trata de "un trastorno que atenta contra la moral divina, el designio providencial y la naturaleza", para después tratar de buscar el origen de aquel error. Lo halla en la metafísica asiática, en el zoroastrismo o maniqueísmo que basaba su teoría en la idea de dos principios contrapuestos —el bien y el mal—; Barcia considera que es el nacimiento de todos los males del mundo. Jesucristo, yendo en contra de esa ley antigua, habría puesto fin a aquello. Sin embargo, para el autor, la *ley de castas* (como la llamaba él) consiguió perpetuarse con la monarquía y la Iglesia de Roma. Es aquí donde irrumpen sus críticas al clero y a la "gentilidad de la Iglesia"[205]. Como proyecto de *humanización*, el español relacionaba la libertad radical del ser humano con la virtud moral de la sociedad; además, "vinculaba esa humanización de la sociedad con su *cristianización*, con el ejercicio de una moral basada en la religiosidad correcta y bien entendida"[206], bajo el concepto de *cristianismo cristiano*. Si Dios está contenido en el ser y es por tanto algo natural, los atributos y las facultades con las cuales creó al ser humano también lo son, y por consiguiente esas mismas facultades se convierten en derechos inalienables en el ser político.

Blanqui, por su parte, defendía que los dos males del mundo se podían reducir a dos: el Capital y el cristianismo, el cual "deshonra sin piedad la maternidad fuera del

[204] Fiodor DOSTOYEVSKI: *Los hermanos Karamázov*, Madrid, Alba, 2013, pp. 350-2.
[205] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, "Anticlericalismo, cristianismo y democracia en la obra de Roque Barcia Martí", en Carlos FORCADELL ÁLVAREZ y Carmen FRÍAS CORREDOR: *Veinte años de congresos de historia contemporánea (1997-2016)*, 2017, pp. 201-210.
[206] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, p. 122.

matrimonio"[207]. Para él, Dios y el Capital no son dos cosas ajenas, pues "se asocian para exterminar a la madre soltera. El Capital le quita el pan. Dios, el honor"[208]. A su juicio —a pesar de que en sus primeros años defendía el deísmo de Buonarroti—, la religión cristiana funcionaba como mantenimiento del orden, perpetuando las desigualdades. En un ámbito más general, Blanqui rechazaba cualquier sistema filosófico en el que las personas no fueran más que los instrumentos involuntarios y ciegos de Dios, porque para él la sociedad no está determinada por fuerzas objetivas, ya sea Dios o la economía, sino por nuestras propias decisiones y acciones, que son en esencia decisiones y acciones *políticas*. Este es uno de los puntos centrales del pensamiento de Blanqui y una de las razones por las cuales resulta tan complicado sistematizar sus ideas. La noción más importante dentro de su corpus político es la del ejercicio práctico de la inteligencia y la voluntad, tanto individual como colectiva; acciones deliberadas, razonadas, desde las cuales emerge la teoría que busca rendir cuentas con el rol humano en su propia historia[209].

A pesar del ateísmo existente en la obra de Blanqui, no debemos excluir la existencia de una suerte de inmortalidad. En *La eternidad a través de los astros*, el francés cree que existen infinitos mundos similares al nuestro, y estos agotan las circunstancias humanas. Lo dice así: "Todo ser humano es pues eterno en cada uno de los segundos de su existencia. Esto que escribo en este momento en una celda del fuerte de Taureau, lo he escrito y lo escribiré durante la eternidad, sobre una mesa, con una pluma, con vestimentas, en circunstancias semejantes. Así cada uno"[210].

Algunos han querido observar este texto como una mera consecuencia del pesimismo causado por los múltiples fracasos y sinsabores, como una búsqueda de consuelo en lo cósmico, una forma de dotar de sentido a toda su experiencia[211]. Esta idea del infinito y de considerar la eternidad en cada instante tendría estrecha relación con la "espiral" como símbolo de una historia de idas y venidas, utilizado por Goethe y, antes, por Chateaubriand en su *Ensayo histórico sobre las revoluciones* (1798) en el que sostenía que "el genio del hombre traza círculos concéntricos cada vez más amplios en un espacio infinito". Esta idea aparecería posteriormente a lo largo del siglo XIX, ora en novelas como *Las ilusiones*

[207] François-Noël BABEUF et al., *Socialismo premarxista*, p. 169.
[208] François-Noël BABEUF et al., *Socialismo premarxista*.
[209] Philippe LE GOFF, *Auguste Blanqui and the Politics of Popular Empowerment*.
[210] Louis-Auguste BLANQUI, *La eternidad a través de los astros*, p. 58.
[211] José María DE LUELMO JAREÑO, "Il n'y a pas de progrès. Vueltas y revueltas de Louis-Auguste Blanqui", p. 6.

perdidas de Balzac, ora en el concepto de *eterno retorno* de Friedrich Nietzsche. Pero el énfasis en la idea de eterno retorno no estaba solo en Blanqui y Nietzsche, también se encontraba en la obra de Charles Baudelaire, donde el acento residía "en lo nuevo que se gana a partir del "siempre igual" que el hombre enfrenta con heroica serenidad. Blanqui estaba mucho más cerca de Nietzsche que de Baudelaire, pero en él predominaba la resignación"[212]. Incluso Jorge Luis Borges escribiría, en su microrrelato *Un sueño*, lo siguiente: "En una celda circular, un hombre que se parece a mí escribe en caracteres que no comprendo un largo poema sobre un hombre que en otra celda circular escribe un poema sobre un hombre que en otra celda circular… El proceso no tiene fin y nadie podrá leer lo que los prisioneros escriben"[213]; quedan claras las similitudes con la cita anterior de Blanqui.

Sea como fuere, ¿cómo es posible que un pensador ateo y racional termine con ensoñaciones con tintes teológicos? El propio positivismo, basado en la idea de la técnica, la ciencia y el progreso, terminaba cayendo también en una especie de mitología. Porque, en el fondo, aquellos pensadores tan arraigados a la Ilustración terminaban volviendo a la mitología, como señalaron Theodor Adorno y Max Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*. La Ilustración, que se vendía como periodo de desarrollo, luz, razón, ciencia y superación de los mitos, era ella en sí misma un mito: el de que se pueden superar los mitos[214]. Esto podría enlazarse también con lo que Feuerbach defendía: "Si yo rebajo la teología a antropología no hago sino elevar la antropología a teología, del mismo modo que el cristianismo, al rebajar a Dios hasta el hombre, convirtió a éste en Dios"[215], a lo que Engels respondería: "Feuerbach llegó de Dios al "hombre" y "el hombre" está de este modo coronado de una aureola teológica". Podría señalarse, por tanto, que muchos de los autores del siglo XIX mantuvieron posturas idealistas sin llegar a saberlo.

5.2.2. Democracia

Como se ha señalado con anterioridad, la democracia era una idea básica en el bloque de pensamiento de Barcia. Diferenciaba la verdadera democracia del sistema representativo, y esto es algo en lo que ambos autores coinciden. En *La verdad y la burla social*, Barcia

[212] Walter BENJAMIN, *París, capital del siglo XIX*.
[213] Jorge Luis BORGES, *Borges esencial*.
[214] Max HORKHEIMER y Theodor ADORNO: *La dialéctica de la Ilustración*, Trotta, 2018.
[215] Ludwig FEUERBACH: *La esencia del cristianismo*, Trotta, 2013.

señala que "El sistema representativo es la lucha eterna de las aspiraciones privadas: el foro político donde se amaestran los tiranuelos. (…) A una ambicion (sic) sucede otra ambicion (sic), a un golpe de Estado otro golpe de Estado"[216], y en *Catón político* defiende que "si en el pueblo reside la soberanía esencial del derecho y la soberanía política del sistema, representada la primera por el hecho social y la segunda, por el hecho constituyente; si la nación es soberana por ella y por las Cortes (…) ¿porqué (sic) existe a tu lado el subdito (sic) español, el vasallo moderno?"[217].

Blanqui, por su parte, en el proceso ya mencionado de 1832, en el que el ministro Perier trató de llevar a cabo un proceso contra quince de los dirigentes de la Sociedad de los Amigos del Pueblo y se les acusó de atentar contra el país y el Estado, emprendió una crítica contra los "apologistas del gobierno representativo" y contra la separación de poderes —ejecutivo, legislativo y judicial—, asegurando que en lugar de terminar con el problema de la armonía entre orden y libertad, lo agravaba: "ocurre que es precisamente el sistema representativo, tal como sus apologistas lo aplican, el que concentra los tres poderes en las manos de un pequeño número de privilegiados unidos por los millones de intereses", y acto seguido pidió que los más de treinta millones de franceses pudieran decidir la forma del gobierno y se llevara a cabo un verdadero sufragio universal[218].

Barcia identificaba a la democracia, ya se ha visto, con el cristianismo, y en un ámbito político con la república federal, "el único sistema adecuado a la naturaleza del hombre"[219]. Barcia defendía lo "auténticamente humano", pues dicha *humanidad* había sido dotada por Dios en la creación. El salto del plano religioso al político/social era, para él, una consecuencia orgánica, y toda su filosofía descansa en esta base iusnaturalista. La libertad, por tanto, también era algo natural y proveniente de Dios, lo que choca con las ideas de Blanqui, quien veía la libertad como una cuestión de práctica política colectiva, individuos reuniéndose mediante la asociación a través de un proceso basado en la participación igualitaria y libre para realizar la libertad individual colectivamente. Esta visión estaría ligada a la acción política de Rousseau, que se resumía en la innecesaria existencia de un orden social deliberadamente estructurado para servir a los intereses de la minoría

[216] Roque BARCIA: *La verdad y la burla social*, Madrid, Imprenta de Tomás Núñez Amor, 1855, p. 71.
[217] Roque BARCIA: *Catón político*, Madrid, Imprenta de Tomás Núñez Amor, 1856, pp. 104-6.
[218] François-Noël BABEUF et al., *Socialismo premarxista*, p. 157.
[219] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*.

privilegiada y en la consciente y organizada acción colectiva, que sería la que reconstruiría la sociedad desde el interés común[220].

5.2.3. República

Para Barcia, la verdad política, la democracia, la *humanidad*, se encarnaba en la república federal[221]. Ya desde 1855, Barcia se mostró convencido de que el conflicto culminaría con la emancipación radical del hombre, que para él solo podría llegar mediante la república federal. Revolución y república federal eran dos términos estrechamente relacionados.

Blanqui comenzó adherido, entre otras influencias, a la doctrina de los republicanos, y su intención siempre fue radicalizarla y llevarla a terrenos socialistas. De hecho, llegó a creer que el republicanismo estaba condicionado a la esperanza de que la república triunfaría en implementar la transformación social que Francia tan urgentemente necesitaba y, señalaba, "si la república fallara en cumplir esta esperanza dejaríamos de ser republicanos, porque, a nuestro juicio, una forma de gobierno no es un fin sino un medio"[222].

Sin embargo, la experiencia cosechada a lo largo de los años se vio reflejada en sus escritos bajo el cambio de expresión: de la dicotomía entre republicanismo y monarquía se pasó a la dicotomía entre comunismo y capital[223]. Asimismo, llegó a considerar que aquellos que se hacían llamar republicanos revolucionarios "no son ni revolucionarios, ni puede que republicanos", y que habían traicionado a la revolución y a la república al oponerse al socialismo con el que se disfrazaron cuando creyeron conveniente. Después habrían abrazado o renegado del mismo dependiendo del contexto, y Blanqui trajo a colación la época en la que Ledru-Rollin se consideraba más socialista que Cabet: "Hoy, Ledru-Rollin y sus amigos anatematizan al socialismo y le imputan todas nuestras desgracias". Así pues, consideraba que los republicanos revolucionarios no lo eran, y que no se trataba más que de una identificación vacua y superficial. Y algo semejante pensaba de los demócratas: "Usted dice: ni *proletario* ni *burgués*, soy *demócrata*. ¿Qué es un demócrata? Es una palabra vaga, banal, sin significación precisa, una palabra de goma. ¿Qué opinión no lograría albergarse

[220] Philippe LE GOFF, *Auguste Blanqui and the Politics of Popular Empowerment*, p. 47.
[221] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, p. 112.
[222] Doug ENAA GREENE, *Communist Insurgent: Blanqui's Politics of Revolution*, p. 63.
[223] Philippe LE GOFF, *Auguste Blanqui and the Politics of Popular Empowerment*, p. 47.

bajo esta enseña? Todo el mundo se pretende demócrata, sobre todo los aristócratas"[224]. A juicio de Blanqui, se proscribían los términos de proletarios y burgueses porque eran específicos y expresaban la realidad de una manera mucho más eficiente, mientras que se aceptaban aquellos abstractos y vacíos. Es aquí donde situaba a Ledru-Rollin, Louis Blanc, Lamartine, Crémieux, Elocon, Garnier-Pages, Marrast, y los demás republicano-demócratas que formaron el gobierno revolucionario de 1848. Aquí podemos ver cómo los escritos de Blanqui eran más "concretos" o pragmáticos, lo que también corresponde a su nula sistematicidad. Esto es ampliamente visible en sus *Instrucciones para toma de armas*, una serie de instrucciones para el revolucionario que debería seguir rigurosamente. Fueron escritas desde una perspectiva puramente militar, dejando de lado la cuestión política que analizaría en otros escritos. El argumento allí —que la conspiración con un claro liderazgo, estrategia y programa puede sobreponerse al adversario superior— tenía debilidades, claro; no había una gran planificación en muchos aspectos, y simplemente asumía que el día de la revolución las masas se reunirían y seguirían al líder de la organización[225].

Por otro lado, la emancipación radical y completa a la que hace referencia Barcia, que solo podría darse con el republicanismo federal, con el argumento que sostiene que "la providencia nos dio la vida para que fuéramos trabajadores, justos, verdaderos, virtuosos, sabios, creyentes, buenos y felices", basada en el destino humano, y ese otro según el cual las revoluciones son la idea que pone a la humanidad en la senda del progreso, se podría relacionar con una suerte de positivismo. Auguste Comte creía que la sociedad y la historia estaban gobernadas por una serie de leyes científicas, y que una vez se entendieran, la sociedad progresaría. La teoría del progreso elaborada por los positivistas fue criticada por Blanqui, considerándola dogmática. Para él, lo único útil de aquella doctrina era su ateísmo y su materialismo, pero una vez esto último fue perdido, "solo quedaban errores e impertinencia"[226]. Al alejar la ciencia del materialismo, los positivistas no solo dañaban la verdad del ateísmo, sino que se negaban a desafiar el orden existente. Para Blanqui, ciencia y ateísmo no eran fines en sí mismo sino parte del proyecto revolucionario.

5.2.4. Monarquía

[224] François-Noël BABEUF et al., *Socialismo premarxista*, p. 162.
[225] Doug ENAA GREENE, *Communist Insurgent: Blanqui's Politics of Revolution*, p. 144.
[226] Doug ENAA GREENE, *Communist Insurgent: Blanqui's Politics of Revolution*.

En lo que se refiere a la monarquía, ambos eran antimonárquicos por necesidad. Tras la oleada revolucionaria de 1848, en España una gran parte de los propagandistas activos comenzó a considerar que el trono no era compatible con la libertad, y es en ese momento en el que se instauró definitivamente la equivalencia entre democracia y república en el pensamiento de Barcia, así como en el de republicanos como José María Orense, Fernando Garrido, Sixto Cámara, Pi y Margall o Heliodoro del Busto. Los escritos de la época irradiaban y reflejaban la "radical incompatibilidad entre la figura del monarca y la "soberanía absoluta de la nación""[227]. Así, la imagen pública de Barcia, el mártir y el apóstol de la verdad republicana, se sustentaba, por un lado, en el anticlericalismo —solventado mediante ese cristianismo cristiano— y el antimonarquismo —solventado mediante la democracia republicana y federal—. Además, tras la Gloriosa, se estableció una polarización monarquía-república, una tensión a través de la cual se desarrolló una reorganización política en dos bloques: federales, por un lado; el resto de sensibilidades políticas, por otro: "Las tensiones entre los republicanos que no transigían con la forma monárquica y los que la aceptaban de manera circunstancial empezaban a ser más que notables"[228].

Blanqui expresaría las mismas ideas que Barbès a este respecto, acusando a la monarquía de reírse del hambre del pueblo, exterminarlo y traicionar a la nación. De esta forma, no solo criticó con dureza la Restauración borbónica, sino también la Monarquía de Julio de Luis Felipe de Orléans, considerada "el gobierno de las clases burguesas", el instrumento de la clase dirigente para despojar al pueblo. En general, Blanqui no solo manejaba una visión política práctica, sino también esquemática, enfocada, como los sansimonianos, como una pirámide: "las clases productoras se situaban en la base de la pirámide social. En la cúspide se encontraban los dueños y los manipuladores del crédito, los inspiradores de la política, los que dirigían Francia"[229]. Por lo tanto, dividía la nación bajo un dualismo marcado: los privilegiados políticos y la aristocracia financiera, y la inmensa mayoría, contribuyentes[230].

5.2.5. Revolución

[227] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, p. 98.
[228] Ibid., p. 205.
[229] Samuel BERNSTEIN, *Blanqui y el blanquismo*, p. 45.
[230] Ibid.

Respecto a su visión de la revolución, mientras que el discurso de Barcia bebía de la concepción liberal gaditana y de las nociones de soberanía y voluntad nacionales, Blanqui mostraba una idea de revolución mucho más centrada en la disciplina y en el mando de hombres específicos, llegando a tener similitudes con teorías como las de Guizot o las sansimonianas; encontramos "el mismo deseo de confiar el poder a una tecnocracia, el mismo desprecio por los elementos improductivos"[231]. La no confianza en dar el poder a las masas se debía a la influencia de la religión en la mente del pueblo.

Ambos autores estaban a favor de la llegada de la revolución, pero esta similitud o equivalencia es una bagatela si nos preguntamos *qué revolución*. Es ahí donde se aprecian las verdaderas diferencias. Para Blanqui, la revolución había de ser socialista; para Barcia, solo podía consumarse mediante la república federal, de abajo arriba. Además, el francés consideraba, alejándose de la idea de progreso positivista, que la victoria del socialismo no era algo seguro.

La doctrina revolucionaria de Blanqui nació de las experiencias históricas anteriores, las cuales le permitieron desarrollar y pulir su teoría. A juicio del insurgente francés, "a los primeros éxitos sigue un periodo de rivalidades entre los partidos para hacerse con el poder", caracterizado por el choque entre elementos progresistas con vacilaciones, retrocesos y obstáculos. En ese momento la marea revolucionaria retrocede, y la contrarrevolución "tiene el pie en el estribo". Este esquema clásico de la revolución no se basa en determinismos o fatalismos, sino, a juicio de Blanqui, en que las fuerzas progresistas que carecen de apoyos y de jefes que eviten las derrotas y las divisiones internas. Por lo demás, a pesar de la ruptura de la alianza entre pequeñoburgueses y obreros en 1848, Blanqui continuó con su concepto clásico de clase caracterizado por el binomio proletario-burgués, sin observar divisiones internas y sin tener en cuenta a la pequeña burguesía o a la aristocracia obrera.

La revolución para Blanqui no era federal: "no habrá más monarquía, ni patriarcado, ni clero, ni burguesía, ni plebeyos, ni dictadura, ni centralización, ni federalismo, ni diferencias de clase. Estas palabras pertenecerán a la historia". De hecho, los conflictos entre centralismo y federalismo quedaban desfasados a su juicio. Lo importante para el autor eran los fines de la propia revolución, y debían ser socialistas.

[231] Michel WINOCK, *Les figures de proue de la gauche depuis 1789*, p. 87.

5.2.6. Socialismo

¿Cuál era la opinión de Barcia con respecto al socialismo? Ya en el Bienio Progresista, el español había rechazado el socialismo, algo que se perpetuaría en el contexto de la llamada "Declaración de los treinta" en 1860. Allí, Orense entendía que el socialismo "implicaba una absorción del individuo por parte del Estado, mientras que Garrido sostenía un significado más tradicional, basado en la defensa del principio de asociación como garantía de la libertad y la autonomía individual"[232]. Barcia se alineaba con aquella postura individualista de la democracia, rechazando el socialismo; algo que repetiría en sus "Fórmulas aplicadas", una serie de artículos para *La Democracia*, en los cuales expuso "una aplicación práctica del sistema demócrata" al mismo tiempo que combatía el socialismo, incompatible, según él, con la democracia.

Su idea de individuo no es, empero, una idea puramente liberal, y la despliega en especial en su idea de unidad humana. A partir de este último concepto, Barcia imagina tres esferas de derecho, constituyentes de la articulación nacional: estaría el derecho natural —determinante de la virtud—, el político —determinante de la facultad— y el social —determinante del régimen—, cayendo, al igual que Blanqui, en un esquematismo que sugeriría que lo político no es social, lo que por otro lado responde a la trasposición de los valores cristianos, *naturales*, en los sociales. Desde la idea de unidad humana enarbola un concepto de individuo dividido en expresiones: la primera, la familia, "absolutamente necesaria como consecuencia de la facultad que tienen los hombres de amar"; la segunda, la municipalidad —la aldea, villa o ciudad—, que nombraría su gobierno, "representante de los poderes del Estado", la tercera expresión; la cuarta y última expresión del individuo sería la nación, "cuya persona social se llama Estado", pensada como individuo nacional, "como sujeto colectivo en el que se expresan los hombres"[233]. Este marco es completamente federal y corresponde al contexto republicano en el que se hallaba Barcia.

Pero quizá la mayor crítica al socialismo vertida por parte de Barcia fuera su defensa de la propiedad, llevada a cabo en el artículo *La mano cortada*, publicado en *El Cantón Murciano*. Allí proclamaba "el respeto a la propiedad, al domicilio y a la familia"[234]. Blanqui,

[232] Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, p. 169.
[233] Ibid., pp. 176-7.
[234] Jesús RODRÍGUEZ RUBIO, "Roque Barcia, su último manifiesto cantonal", *Anales de Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 217-225.

alejado del iusnaturalismo del español, sostenía que, mediante la violencia, individuos se apoderaron de la tierra común, declarándose poseedores de ellas. Es una suerte de proto-teoría de la acumulación originaria, pero está lejos de la sistematicidad de Marx. Según Blanqui, el derecho de propiedad se había extendido desde entonces, y lo había hecho desde el suelo hasta los demás instrumentos. Ni estos ni los frutos del trabajo pertenecerían a los trabajadores, solo a los ociosos: "Los abejorros devoran la miel creada por las abejas"[235]. Este discurso le permitía al insurgente francés hablar en términos de vencedores y vencidos y de una consiguiente esclavitud.

5.2.7. Balance

Haciendo un resumen de lo expuesto con respecto a los dos autores, Blanqui y Barcia parten de dos enfoques diametralmente opuestos: uno es materialista, aunque cabría señalar que un materialismo muy vago y esquemático; el otro, idealista, pues partiría de la transfiguración de los valores cristianos verdaderos cuyo causante principal habría sido el maniqueísmo oriental, fagocitado con posterioridad por el clero. El cristianismo, a la sazón puro, se habría pervertido y alejado por completo de su verdadera forma; una forma a la que, a juicio de Barcia, convendría regresar bajo la denominación de *cristianismo cristiano*. Uno materialista, el otro idealista; uno ateo, el otro cristiano. Sin embargo, ya vimos que, al igual que no podemos hablar de un cristianismo al uso en el caso de Barcia, tampoco podemos hablar de un ateísmo completo en el de Blanqui. Es posible que su aprisionamiento crónico le llevase, presa de la desesperación y el desconsuelo, a dotar de un sentido a su lóbrega experiencia, acogiendo el universo infinito como una teoría según la cual todo se habría dado y se dará, algo semejante a lo que había desplegado Chateaubriand o a lo que desarrollaría Nietzsche con su *eterno retorno*.

Sin embargo, dentro de las discrepancias basales e ineludibles, veíamos cómo los dos insurgentes mostraban similitudes en lo que se refiere a la revolución y a su despliegue de abajo arriba. Cabe apuntar, claro está, que mientras que el *abajo arriba* de Barcia era federal —desde lo local hasta la nación—, el de Blanqui se determinaba por el dualismo burguesía-proletario; un dualismo que, si bien eficiente para su concepción de la política directa,

[235] François-Noël BABEUF et al., *Socialismo premarxista*, p. 156.

colectiva y basada en la disciplina, terminaba convirtiendo su corpus en un engranaje estático y esquemático.

Ambos eran, también, antimonárquicos —algo fácil de deducir tras lo expuesto—, y se mostraron en contra del sistema representativo. Tanto Blanqui como Barcia lo separaban de la verdadera democracia, aunque, como resulta evidente, su consecución y desarrollo se mostraban diferentes.

Blanqui era, pues, materialista, "ateo", antimonárquico, favorable a la revolución socialista y crítico con el sistema representativo y los "republicanos revolucionarios" que no eran ni una cosa ni la otra; Barcia era idealista —con ligeros tintes positivistas—, republicano federal —y por ende antimonárquico—, liberal —su crítica al socialismo y su contundente defensa de la propiedad lo ponen de manifiesto—, favorable a la revolución federal de abajo arriba y crítico con el sistema representativo.

Podría objetarse que incluir o "encerrar" a cada uno de los agitadores en etiquetas, como si fueran compartimentos estancos, es erróneo, pero resulta imposible no moverse a través de categorías en dos autores tan eclécticos. Cierto es que, ora por ese eclecticismo decimonónico, ora por su experiencia vital, mucho más centrada en la consecución directa, física, de sus ideales, dichas categorías no muestran por completo las contradicciones de dos personas con diversos claroscuros.

¿Suponen estos personajes históricos abstracciones de sus respectivas épocas? No se pretende afirmarlo. Blanqui, aunque podamos señalar que fue el revolucionario del siglo XIX francés, no es trasladable a un pueblo entero, que no era blanquista, era un cúmulo de diversas ideologías. Es importante separar a Blanqui de sus seguidores.

5.3. RECEPCIÓN

Más allá de las características señaladas, ha de quedar claro que Blanqui resultó ser un personaje mucho más conocido e influyente para las décadas posteriores de lo que fue Barcia. Así es, existe una gran diferencia entre la sombra y la recepción de ambos; una diferencia que podría esbozarse en dos razones principales: por un lado, al hilo de lo que se desarrollaba al comienzo del texto, de la misma forma que la Comuna fue alabada, estudiada y criticada a lo largo del siglo XIX y XX por numerosas corrientes y contextos históricos y

el Cantón de Cartagena quedó adherido a una interpretación simplista y reduccionista según la cual no era más que un apéndice o capítulo de la república, lo mismo podemos decir de dos de sus protagonistas (recalcar que aunque Blanqui no participara directamente en la insurgencia, el protagonismo de los blanquistas fue enorme y decisivo). Al fin y al cabo, son dos revolucionarios anclados a los hechos históricos. Así como la Comuna cobró fuerza en la posteridad, así lo hizo Blanqui. Barcia, por el contrario, fue sepultado por el silencio que rodeó al acontecimiento cantonal. Hasta hace unos pocos años, su nombre solo salía a colación cuando se mencionaba la revolución en Cartagena o la deriva de los republicanos federales intransigentes. Fue con trabajos como los de Ester García Moscardó que la figura de Roque Barcia consiguió emerger como personaje fundamental del siglo XIX español.

Por otro lado, más allá de las diferencias en la recepción, cabe admitir que la importancia de Blanqui fue, simplemente, superior; el hecho de que hubiera "blanquistas" incluso décadas después de su muerte lo demuestra. Por ello, quizá deberíamos esbozar unos pequeños apuntes sobre su influencia en pensadores posteriores.

Ya se ha aludido a la sentencia de Marx según la cual Blanqui era la cabeza del proletariado francés. Su prestigio revolucionario es difícil de exagerar, máxime cuando, antes de Lenin, "no hubo nadie que hubiese dejado trazos tan claros como los suyos en el proletariado"[236]. Trazos que influenciaron no solo a la clase obrera sino también a la cultura francesa del momento y del porvenir. El propio Charles Baudelaire dibujó entre sus páginas, improvisadamente, la cabeza de Blanqui, y en muchos de sus versos se aprecia lo hondo que caló en él el insurgente. Admirador de Robespierre, veía en Blanqui "la reencarnación de quien alentó terror y virtud"[237]. A comienzos del siglo XX, Walter Benjamin fue el pensador que volvió a tratar sobre él de forma significativa, en especial en *París, capital del siglo XIX*. "Durante estas últimas semanas, tuve la suerte de hacer un encuentro raro cuya influencia será determinante para mi trabajo"[238], le decía Benjamin a Max Horkheimer en una carta. Y es que el alemán llevó a cabo un análisis sobre el París del siglo XIX a partir de una serie de elementos, entre los que se encuentra el binomio Baudelaire-Blanqui, dos personajes contradictorios y compatibles simultáneamente, en los que el pensador de la escuela de Frankfurt veía como nexo la soledad. Borges —y hasta cierto punto su amigo Bioy Casares— se vio influenciado por *La eternidad a través de los astros* y por su propia

[236] Walter BENJAMIN, *París, capital del siglo XIX*, p. 73.
[237] Louis-Auguste BLANQUI, *La eternidad a través de los astros*, p. 13.
[238] Ibid., p. 24.

existencia histórica. Bien es verdad que Borges tomó de aquí y allá pequeñas influencias de escritores que apenas leyó, porque no necesitaba otra cosa para su corpus ficticio e imaginario, pero no deja de ser otro ejemplo de la trascendencia de *l'enfermé* en la cultura mundial.

De nuevo, lo señalado no significa que Barcia no mereciera escritos de la posteridad que cubrieran aspectos de sus obras y su imagen como agitador público, y esto no es una competición por ver quién ha sido más trascendental en la historia o más citado en los trabajos de investigación, sino de ver su influencia a la luz de cada momento histórico y analizar el movimiento, siempre cambiante, de su recepción.

6. CONCLUSIONES

El desarrollo llevado a cabo en este trabajo se ha dividido en tres apartados bien marcados: estado de la cuestión —en el que se veía el recorrido histórico de la bibliografía y lo publicado en ambos levantamientos—, comparación de las características de los dos hechos —sustentada en los aspectos que más determinaron su existencia y el desenlace—, y contraposición entre la doctrina de Auguste Blanqui y Roque Barcia —un diálogo ideológico bañado por sus luces y sombras—. La naturaleza del análisis emprendido en ellos corresponde a la idea que sostiene la investigación: el Cantón, dilapidado históricamente, es un acontecimiento fundamental para entender no solo el Sexenio Revolucionario, sino un contexto europeo en el que habría que situar, también, la Comuna.

No obstante, pese a que el andamiaje desde el cual se ha elaborado el análisis venga a constatar una reivindicación del Cantón de Cartagena como hecho en sí mismo y no como mero capítulo de la Primera República, ello no significa que la comparación con la insurgencia francesa quede en un segundo plano.

En el estado de la cuestión se veía claramente la diferencia en la recepción de los dos acontecimientos, un indicador clave para comprender la popularidad, tanto a nivel académico como a nivel cultural, de un hecho a lo largo de la historia. Comuna y Cantón tuvieron una primera aceptación negativa: la primera con una literatura *anticommunard* destacable, tachando a los insurgentes de bárbaros y destructores de la fe, con obras puramente subjetivas y atravesadas por la falsa dualidad entre el bien —Versalles— y el mal

—Comuna—. La segunda quedó reducida, mediante textos memorialísticos y una falta de apropiación del suceso por parte de movimientos como el anarquista y el comunista, a un hecho, también, infame. Sin embargo, mientras la memoria de la Comuna fue, poco a poco, surgiendo y dotándola de la importancia que debía tener, no puede decirse lo mismo del suceso en Cartagena, el cual, tras esa primera etapa de desprecio, sufrió un arduo silencio que lo acompañaría en casi todo el siglo XX. La Comuna alcanzó una gruesa bibliografía que variaba según el momento histórico: hasta 1960 se desarrollaron las diferentes interpretaciones fundamentadas en los hechos; con mayo del 68 y el centenario, aparecieron trabajos académicos más profundos y meticulosos, además de obras multidisciplinares sociológicas, filosóficas e históricas. Abundaron, asimismo, las biografías. Con la llegada del posmodernismo y la decadencia de los grandes relatos, se dejó de lado la cuestión obrera para centrarse en temas concretos como la mujer, el espacio, la barricada, o la memoria. Esta última cuestión sería abordada también en el siglo XXI, en especial con los aniversarios de 2011 y 2021. Los trabajos fotográficos también alcanzaron importancia. En cuanto al Cantón, ya se aludía a la falta de bibliografía. En los primeros años aparecieron obras periodísticas y memorias muy poco rigurosas, y en las décadas siguientes, obras de historia con escasa bibliografía y novelas. La década de los sesenta llegó con trabajos acerca de Pi y Margall y la Primera República, y con la llegada del centenario se desarrollaron investigaciones de mayor rigor. Como se vio, la recepción del Cantón estaba estrechamente relacionada a la recepción del Sexenio Revolucionario y de la Primera República, y no fue hasta finales del siglo XX y en especial hasta el 150 aniversario de la República y el Cantón que brotaron obras centradas en la rebelión cantonal y en personajes como Roque Barcia.

Antes de comparar las características de ambos hechos, era importante resaltar sus antecedentes, también con el fin de entrever las diferencias de su propia naturaleza. Aunque los dos sucesos se vieron determinados por naciones extranjeras, el contexto de la guerra franco-prusiana supuso una base fundamental para el desarrollo de los acontecimientos de 1871.

Comuna y Cantón albergaron en su seno particularidades que se han analizado y contrapuesto en el cuarto capítulo del trabajo. Un punto de partida necesario era hacer frente a la clásica acusación del Cantón como burgués o puramente anarquista, empleado tanto por la prensa conservadora como por los comunistas y anarquistas que se desentendieron del mismo. El Cantón de Cartagena fue un movimiento popular, y aunque no propulsó reivindicaciones tan radicales como la Comuna, sí supuso un cambio notable respecto a su

época. Es solo alejándose de etiquetas como la de burgués y poniéndolos en el mismo nivel como se llevó a cabo la comparación de las características: desde la espontaneidad en su inicio hasta la represión final, pasando por la importancia de la Guardia Nacional y la milicia, la heterogeneidad de sus integrantes, las reformas políticas emprendidas, la justicia, el papel de la mujer o la intervención foránea.

El último apartado de la investigación se ha basado en una comparación ente las ideas de Auguste Blanqui y las de Roque Barcia. Pese a que la base de su pensamiento era contraria, se podía alcanzar a ver alguna que otra similitud respecto a temas como la monarquía o el sistema de representación. Religión, democracia, república, revolución, socialismo, son apartados que se analizaron y se compararon a la luz de sus propios contextos y sus obras más importantes. Se llegaba a la conclusión de que ambos pensadores eran contrapuestos, pero con alguna que otra idea semejante, y que eran dos hombres puramente decimonónicos: uno, del siglo XIX francés, y el otro, del español.

7. BIBLIOGRAFÍA

Roberto CEAMANOS, *La Comuna de París (1871)*, Madrid, Catarata, 2021.

Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ, *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Alianza Editorial, 2008.

David RIEF, *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*, Barcelona, Debate, 2017.

Walter BENJAMIN, *Libro de los Pasajes*, Madrid, Akal, 2005.

Jeanne MOISAND, *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, Madrid, Catarata, 2023.

Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975, I.

Carlos SECO SERRANO, "L'Espagne, la Commune et l'Internationale", *International Review of Social History*, 1972.

Jeanne MOISAND, ""Cantonards" and "Communeux". The Spanish cantonal revolution in the shadow of the Commune (1873)", *Revue d'Histoire du XIXe Siecle* 63, 2 (2022).

Virginia VADILLO, "El Cantón de Cartagena, la "comuna de París" española que busca su lugar en la historia", *El País*, 21 julio 2023.

Prosper Olivier LISSAGARAY, *Huit journées de mai derriére les barricades*, 1871.

Prosper Olivier LISSAGARAY, *La Vision de Versailles*, 1873.

Edmond DE GONCOURT, *La Comuna de París*, Pepitas de Calabaza, 2020.

Karl MARX, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Fundación Federico Engels, 2015.

Karl MARX, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Akal, 2023.

Jean MAITRON, *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, 1971.

Henri LEFEBVRE, *La proclamación de la comuna*, Pamplona, Katakrak, 2021.

David HARVEY, *Paris, Capital of Modernity*, Routledge, 2003.

John MERRIMAN, *MASACRE. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, Madrid, Siglo XXI, 2014.

Sidney TARROW, *El poder en movimiento*, Alianza, 1998.

Kristin ROSS, *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2018.

Didier NOURRISON, "Figures de manuels, figures de mode. L'exemple de la Commune de Paris", *La Commune de Paris, révolution sans images? Politique et représentations dans la France républicaine (1871-1914)*, 2004, pp. 197-216.

Carolyn J. EICHNER, *Surmounting the Barricades. Women in the Paris Commune*, Indiana University Press, 2004.

Eric HAZAN, *La Barricade: histoire d'un objet révolutionnaire*, Paris, éditions Autrement, 2013.

Robert TOMBS, *The Paris Commune, 1871*, Longman, 1999.

Robert TOMBS, *The War Against Paris, 1871*, Cambridge University Press, 1981.

Bibia PAVARD, Florence ROCHEFORT y Michelle ZANCARINI-FOURNEL, *Ne nous libérez pas, on s'en charge. Une histoire des féminismes de 1789 à nos jours.*, Paris, La Découverte, 2020.

Laure GODINEAU, *La Commune de 1871 expliquée en images*, 2021.

Michel CORDILLOT, *La Commune de Paris 1871. Les acteurs, l'événement, les lieux*, Paris, Éditions de l'Atelier, 2021.

PETER WATKINS, *La Commune (Paris, 1871)*, 2000.

Bertolt BRECHT, *Los días de la Comuna: Turandot o el congreso de los blanqueadores*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.

Antonio PÉREZ CRESPO, *El cantón murciano*, Murcia, 1990.

Tomás CANO RUIZ, *El Cantón de Cartagena*, Caracas, 1973.

Julián VADILLO, Ester García MOSCARDÓ, Rafael VILLENA ESPINOSA, Leopoldo SANTIAGO DÍEZ, Rubén PÉREZ TRUJILLANO, Eduardo HIGUERAS CASTAÑEDA, Lluís FERRÁN TOLEDANO, Catalina MARTORELL FULLANA, Feliciano PÁEZ-CAMINO ARIAS, Sergio SÁNCHEZ COLLANTES y Juan Pablo CALERO DELSO, *La rebelión cantonal en la I República. Los intentos de instaurar en España un estado federal*, Madrid, Pinolia, 2023.

Ramón ORTEGA Y FRÍAS y Eleuterio LLOFRIU Y SAGRERA, *Insurrección federal en 1873. Sus causas y sus consecuencias. Sus misterios políticos y sociales. Sus hombres. Sus dramas y sus horrores, con todos los detalles*, Madrid, Murcia y Martí editores, 1873.

Antonio PUIG CAMPILLO, *La Revolución cantonal en Cartagena*, Cartagena, 1911.

Antonio PUIG CAMPILLO, *La revolución cantonal del 73*, 1913.

Antonio PUIG CAMPILLO, *Prefumo*, 1914.

Antonio PUIG CAMPILLO, *Recuerdos del 73: Excursiones marítimas de los cantonales*, 1914.

Antonio PUIG CAMPILLO, *La intervención alemana en el Cantón murciano*, 1918.

Antonio PUIG CAMPILLO, *Elogio de Antonete Gálvez en el XXXII aniversario de su fallecimiento*, 1929.

Ramón J. SENDER, *Mister Witt en el Cantón*, Alianza, 1986.

Eduardo COMÍN COLOMER, *Historia de la Primera República*, Madrid, 1956.

Gerald BRENAN, *El laberinto español*, Paris, Ruedo Ibérico, 1962.

Charles Alistair Michael HENNESSY, *La república federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-74*, Madrid, 1967.

Antoni JUTGLAR, *Federalismo y revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*, Barcelona, Cátedra de Historia General de España, 1966.

Antoni JUTGLAR, *Ideologías y clases en la España contemporánea*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1969.

Gumersindo TRUJILLO, "El federalismo español. Contribución al estudio de la ideología federal", 1963.

Gumersindo TRUJILLO, *El federalismo español*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1967.

Isidoro VALVERDE, *Los cantonales*, Cartagena, Athenas ediciones, 1971.

José ÁLVAREZ JUNCO, *La Comuna en España*, Madrid, Siglo XXI, 1971.

Clara Eugenia LIDA, *Anarquismo y revolución en España*, Madrid, Siglo XXI, 1972.

Juan Bautista VILAR, *Bases sociales y económicas del Cantón murciano*, Madrid, 1973.

Juan Bautista VILAR, *El Obispado de Cartagena durante el Sexenio revolucionario, 1868-1874*, Murcia, 1973.

Juan Bautista VILAR, "Los cantonalistas en el exilio ", *Emigración española a Argelia (1830-1900). Colonización hispánica de la Argelia francesa* Madrid, 1975.

José María JOVER ZAMORA y Gonzalo MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, Madrid, 1981.

José María JOVER ZAMORA, *Realidad y mito de la primera república*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

Rafael SERRANO GARCÍA, "La historiografía en torno al Sexenio 1868-1874: entre el fulgor del centenario y el despliegue sobre lo local", *Ayer*, 2001.

Pedro María EGEA BRUNO, "Los prolegómenos del Cantón en Cartagena: El motín de la fragata Almansa", *Anales de Historia Contemporánea* 10 (1994), pp. 409-16.

Aureliano GÓMEZ VIZCAÍNO, "Impacto demográfico de la crisis de 1873 en Cartagena. Las bajas del Cantón", *Anales de Historia Contemporánea* 10 (1994), pp. 443-62.

Antonio PÉREZ CRESPO, "Incidencia en la Región murciana del fenómeno cantonalista", *Anales de Historia Contemporánea* 10 (1994), pp. 285-307.

Luis Álvarez GUTIÉRREZ, "El marco internacional del Cantonalismo", *Anales de Historia Contemporánea* 10 (1994), pp. 477-91.

José INIESTA MAGÁN, "La fonda de París en la Cartagena del Cantón", *Anales de Historia Contemporánea* 10 (1994), pp. 427-41.

Gloria ESPIGADO TOCINO, "La historiografía del Cantonalismo", *España, 1868-1874: nuevos enfoques sobre el sexenio*, 2002, pp. 111-37.

Gloria ESPIGADO TOCINO, "Mujeres "radicales": utópicas, republicanas e internacionalistas en España (1848-1874)", *Ayer* 60 (2005), pp. 15-43.

Gloria ESPIGADO TOCINO, "El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874", *Ayer* 78 (2010), pp. 143-68.

Esther ALCARAZ BELZUNCES y Joaquín ALCARAZ QUIÑONERO, "Imágenes del Cantón de Cartagena en la prensa satírica española de la época", *Cartagena histórica* 23 (2008), pp. 30-50.

Raúl MORALES SANES, *Imágenes de una Guerra: Aproximación al Cantón de Cartagena y su representación iconográfica*, Universidad de Murcia, 2017.

Florencia PEYROU, *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*, Madrid, Akal, 2023.

Faustino ACOSTA ORTEGA, "Fundamentos militares de la derrota del Cantón en Cartagena", *Revista general de marina* 277 (2019), pp. 477-90.

Jeanne MOISAND, "De la Comuna de París al cantonalismo popular español", *Le Monde diplomatique en español*, abril 2021.

Jeanne MOISAND, "Revisitar el Cantón de Cartagena: microespacio revolucionario y conexiones globales (1873)", *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 2023, pp. 91-115.

Samuel BERNSTEIN, *Blanqui y el blanquismo*, Madrid, Siglo XXI, 2016.

Alan SPITZER, *Revolutionary Theories of Louis-Auguste Blanqui*, AMS Press, 1970.

Pedro BRAVO GALA, *Socialismo premarxista*, Tecnos, 1998.

Gian Mario BRAVO, *El primer socialismo: temas, corrientes y autores*, Akal, 1998.

Alain DECAUX, *Blanqui. L'insurgé*, Librairie Académique Perrin, 1997.

Doug ENAA GREENE, *Communist Insurgent: Blanqui's Politics of Revolution*, Haymarket books, 2017.

Luis VILLACAÑAS DE CASTRO, "El eterno retorno en Borges, Blanqui, Whitman: retornos de la filosofía a partir de Nietzsche", *Estudios Nietzsche: Revista de la Sociedad Española de estudios sobre Friedrich Nietzsche* 13 (2013), pp. 119-34.

David BENSAÏD, "Vagando por el pavimento. La ciudad insurgente de Blanqui y Benjamin", *Acta Poética* 28 (2007), pp. 129-49.

Walter BENJAMIN, *París, capital del siglo XIX*, Olañeta, 2021.

José María DE LUELMO JAREÑO, "Il n'y a pas de progrès. Vueltas y revueltas de Louis-Auguste Blanqui", *Co-herencia: revista de humanidades* 14 (2017), pp. 111-27.

Jesús RODRÍGUEZ RUBIO, "Roque Barcia, su último manifiesto cantonal", *Anales de Historia Contemporánea* 9 (1993), pp. 217-25.

Ester GARCÍA MOSCARDÓ, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*, Granada, Comares, 2021.

Ester GARCÍA MOSCARDÓ, "Anticlericalismo, cristianismo y democracia en la obra de Roque Barcia Martí", *Veinte años de congresos de Historia Contemporánea (1997-2016*, 2017, pp. 201-210.

Ester GARCÍA MOSCARDÓ, "Democracia, república y federación en época isabelina. Una aproximación al proyecto federal de Roque Barcia Martí", *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea* 28 (2016), pp. 23-43.

Ester GARCÍA MOSCARDÓ, "La cruz como dogma del progreso: Democracia y religión en Roque Barcia Martí", *Dimensiones religiosas de la Europa del Sur (1800-1875)*, 2018, pp. 147-63.

Sergio ESCOT MANGAS, "Roque Barcia: "Teoría del infierno o la ley de la vida"", *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español*, 2005, pp. 273-92.

LISSAGARAY, *La historia de la comuna de París de 1871*, Capitán Swing, 2021.

Alain PLESSIS, *The Rise and Fall of the Second Empire, 1852-1871*, Cambridge University Press, 1985.

Richard J. EVANS, *La lucha por el poder: Europa 1815-1914*, Crítica, 2017.

Karl MARX, Friedrich ENGELS, Vladimir LENIN: *La Comuna de París*, Madrid, Akal, 2011.

Josep FONTANA LÁZARO, *Historia de España. Volumen 6: La época del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2015.

"La Commune à Carthagène", *Le Temps*, 6 septiembre 1873, p. 2.

Eric HOBSBAWM, *Trilogía eras: La Era de la Revolución 1789-1848, La Era del Capital 1848-1875, La Era del Imperio 1875-1914*, Barcelona, Editorial Crítica, 2014.

George RUDÉ, *Ideology and Popular Protest*, The University of North Carolina Press, 1995.

Blanqui y los consejistas, Colección Socialismo y Libertad, 1915.

Louis-Auguste BLANQUI, *La eternidad a través de los astros*, Madrid, Siglo XXI, 2000.

François-Noël BABEUF, Henri de SAINT-SIMON, Simonde de SISMONDI, Charles FOURIER, Louis-Auguste BLANQUI, Pierre-Joseph PROUDHON y Wilhelm WEITLING, *Socialismo premarxista*, Madrid, Tecnos, 1998.

Antonio EIRAS ROEL, *El Partido Demócrata español*, Ediciones 19, 2015.

Jorge Luis BORGES, *Borges esencial*, Barcelona, Alfaguara, 2017.

Marx & Engels Collected Works, Lawrence & Wishart, 2010, XLI.

Philippe LE GOFF, *Auguste Blanqui and the Politics of Popular Empowerment*, Bloomsbury, 2020.

Roque BARCIA, *Teoria del Infierno, ó la ley de la vida*, Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, 1868.

Fiodor DOSTOYEVSKI, *Los hermanos Karamázov*, Madrid, Alba, 2013.

Max HORKHEIMER y Theodor ADORNO, *La dialéctica de la Ilustración*, Trotta, 2018.

Ludwig FEUERBACH, *La esencia del cristianismo*, Trotta, 2013.

Roque BARCIA, *La verdad y la burla social*, Madrid, Imprenta de Tomás Núñez Amor, 1855.

Roque BARCIA, *Catón político*, Madrid, Imprenta de Tomás Núñez Amor, 1856.